BOLSILIBROS BRUGUERA

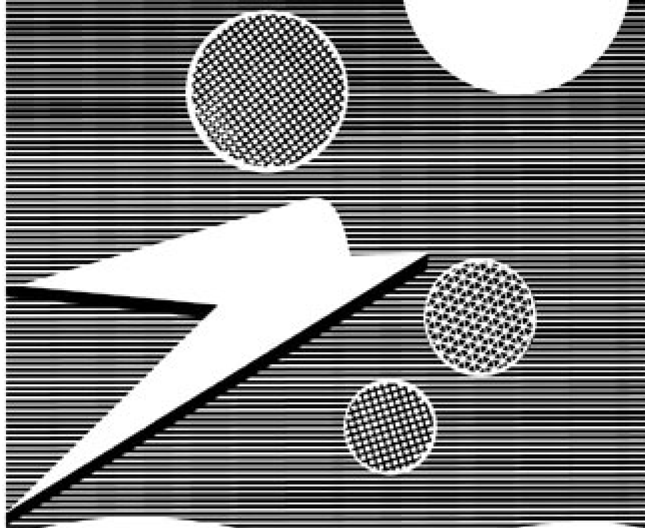
la conquista del ESPACIO

NO HAY PLANETA COMO MI PLANETA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

106 — Muerte en Undar. *A. Thorkent*.
107 — Puerta a otro mundo. *Glenn Parrish*.
108 — Miedo en la Galaxia. *Curtís Garland*.
109 — Mercaderes del espacio. *A. Thorkent*.
110 — Viaje al infinito. *Marcus Sidereo*.

CURTIS GARLAND

NO HAY PLANETA COMO MI PLANETA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 111
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 31.543 - 1976

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

PORTICO

No sé quién dijo que en todas las circunstancias de la vida se debe tener, ante todo, sentido del humor. No sé quién fue, pero sin duda era británico.

De todos modos, es una buena frase. Sólo como frase. En la realidad no siempre se puede hacer lo que se dice. Ni aunque sea una definición brillante.

Nuestros héroes tuvieron, cuando menos, sentido del humor. De otro modo, creo que hubieran sido vencidos, arrollados por los acontecimientos. Acontecimientos que, de largo, superaban todo lo imaginable. Todo lo previsible. Acontecimientos que llegaron inesperadamente, e inesperadamente siguieron, hacia un final que nadie podía prever.

De todos modos, la peripecia exigía algo más que sentido del humor. Y eso se dio por añadidura. Creo que la ciencia-ficción puede ser, a veces, un juego extraño y fantástico de verdades, mentiras y otras cosas. Al menos, lo fue para nuestros héroes. El más extraño juego jamás imaginado.

Sin embargo, todo era muy plausible. Tremendamente plausible. Les tocó vivir un momento difícil. Tan difícil como jamás lo vivió el hombre.

Y tuvieron sentido del humor. Incluso para afrontar esa situación. Incluso para pensar, con cierta lógica, que a fin de cuentas no hay nada mejor que aquello que conocemos, por malo que ello sea.

Ellos conocían el espacio exterior. La Luna. La Tierra. Los alrededores de Venus... e incluso de Marte. Y poco más. No debemos soñar demasiado. No debemos ir demasiado lejos en alas de la imaginación.

Esto sucedió (?) en el año 2178. En el siglo XXII. No falta demasiado para usted o para mí, lector. Sin embargo, el progreso humano es rápido, vertiginoso casi. Sin embargo, no irá tan lejos como algunos soñadores pretenden. Heinlein, Bradbury e incluso Clarke, se quedaron ya muy largos en sus predicciones. Incluso presintieron el fin del mundo para 1970, o poco más. Y seguimos vivos. Vamos, supongo...

Porque podría ocurrir que, del momento de escribir esto a cuando ustedes lo lean, las cosas hayan cambiado.

Sin embargo, puede que en el 2178 las cosas sean así. Ni demasiado fabulosas, ni excesivamente vulgares.

También puede que no suceda nada de lo que aquí se prevé. Ojalá sea así. Pero si eso ocurre..., ¿qué podemos hacer por evitarlo, salvo anticiparnos a los hechos?

Nada, excepto decir como un personaje de nuestra obra:

—¡No hay planeta como mi planeta!...

Sólo eso. O morirnos.

Y a fin de cuentas, es lo último que uno desea hacer. Sobre todo, si tiene sentido del humor. Como Duke Bowman, astronauta de la NASA norteamericana.

Y como el autor anónimo de la frase citada al principio. Lástima que no recuerde su nombre. Las citas literarias siempre dan cierta importancia a un autor. Aunque sean de una pedantería insufrible, claro...

PRIMERA PARTE

RETORNO

CAPITULO PRIMERO

Duke Bowman. Kane Ellison. Y Sidney Baxter,

Tres. Los tres de la NASA. Duke Bowman, comandante de Astronáutica. Kane Ellison, capitán. Sidney Baxter, sólo teniente. «Y con suerte», como decía él.

Esos éramos los ocupantes. Los tres. Los viajeros de la cápsula Victory III.

Yo soy Duke Bowman. Era su comandante. Su jefe. En realidad, éramos tres camaradas. Pero siempre ha de existir un jefe. Y otro, por si falta el primero. Y el que obedece, ocurra lo que ocurra. Si no, supongo que el mundo no sería mundo, y nadie haría caso a nadie. La Victory III era una obra del mundo, después de todo. Una obra con todos sus defectos y virtudes. Sobre todo defectos, claro...

A pesar de ello, todo había salido bien. Habíamos cumplido nuestra misión. Estábamos de regreso.

Regreso a nuestro mundo. A nuestro planeta. A la Tierra. El deseado retorno a casa. A nuestra anhelada casa...

Un lugar tranquilo la casa. Sobre todo, después de haber visitado las nieblas de Venus, las brumas de Marte, las estrellas del cielo...

Fue un bello periplo hacia los astros. Aunque siempre se limitaba a lo rutinario. Exploraciones en torno a los planetas, vuelos por el Sistema Solar... y nada más. Las auténticas estrellas seguían tan lejos como antes. Tan inalcanzables como toda la vida lo fueron, salvo para los poetas. Y nosotros no éramos poetas. Solamente astronautas...

Habíamos tenido problemas en el momento de alcanzar el Cinturón Van Allen, más allá de Marte. Entonces se alteraron los mecanismos de a bordo, y falló temporalmente nuestra computadora. Pero todo se arregló. Habíamos regresado. Todo salió bien. Los asteroides quedaron atrás. Y con ellos, las dificultades.

Ahora, todo terminaba. Fue Kane Ellison, el capitán Kane Ellison, de la NASA, quien anunció la buena nueva. Con su eterna voz jovial y optimista comentó:

—Hemos vuelto, muchachos. ¡Mirad, qué hermoso panorama! La Tierra. Tan azul, tan bella como siempre... ¡y esperándonos a los tres!

Yo pensé en la Tierra. Pero también en Stella. Y en Connie, y en Dave... Uno siempre piensa en muchas cosas cuando regresa. En muchas. Pero especialmente en la esposa, en los hijos, en el hogar...

Sidney Baxter dejó de atender la computadora. Nos tendió su mensaje definitivo: un texto de la computadora, que era como la confirmación de todo lo mejor:

«Albricias. ¡Feliz retorno, amigos!»

Ellison besó a la máquina. Y nos dijo, riendo:

—La verdad es que siempre le tuve un odio especial a este trasto. Y resulta que ahora me cae simpática. Ia vieja bruja...

Todos reímos. Era divertido aquello. Era confortable, grato, lleno de buenas cosas. Y nos sentíamos felices.

Ese fue el principio. Cuando supimos que, definitivamente, regresábamos. La Tierra nos esperaba abajo. Era nuestro mundo, nuestro rincón entrañable. Con todo lo que habitualmente posee el mundo de uno. Sobre todo, si se es casado, si hubo niños...

--Imagino a mis muchachos —rió el teniente Baxter—. Mark y Jim deben estar hechos unos hombres...

—Exageras, Sid —rió Ellison—. Sólo llevamos once meses fuera de casa. ¿Qué esperas? ¿Qué ellos sean ya unos tipos enrolados en algún equipo de béisbol de la primera Liga, habiéndoles dejado con tres y cuatro años cumplidos recientemente?

—A lo mejor mi Connie es ya estrella de la televisión —reí—. Y Dave ya va a tripular la primera nave espacial en Cabo Cañaveral. Después de todo, los dejé ya con cinco años a una y con seis a otro...

Seguíamos riendo. Era divertido todo eso. No porque nosotros fuéramos diferentes. No porque no nos burlásemos siempre de todo, allá en el espacio. Sólo que esto era diferente. Y el buen humor era más amplio, la alegría más honda...

—Nos acercamos rápidamente —avisó Ellison—. Mirad. Ya empieza el sistema automático de freno a actuar. Vamos a entrar en la atmósfera terrestre...

Nos miramos. El 2178 era un buen año. Pero nosotros íbamos a celebrar de veras el 2179, que se iniciaba sólo veinte días más tarde si los cálculos no eran erróneos. En la duda, fui a la computadora. Iba perfectamente programada para tales cálculos. Le pedí la fecha actual. Me la dio.

—«Once de diciembre del 2178 de la Era Cristiana» —leyó Baxter en la pantalla—. Ya sabíamos eso, Duke.

—Claro —asentí—, Pero quería estar seguro de que no había error. ¡Cielos, qué gran noche de fin de año!

—Hay que pasar diez días de cuarentena —me recordó Ellison—. A menos que las cosas hayan progresado mucho en nuestro viejo planeta...

—Ellos no dijeron nada —observó Baxter, poniendo sobre su blanco cabello, de canas prematuras, pese a su juventud, el casco obligado de aterrizaje—. Ya veis la comunicación de la Tierra: todo normal. Vamos recibiendo los mensajes habituales de control. Sin problemas de ningún tipo. Eso es-buena cosa, ¿no?

—No es mala —convine—. Pero desde la avería en el Cinturón Van Allen, los mensajes han sido solamente los rutinarios, los de

reglamento. Cuando queremos entablar comunicación persona! !a respuesta es siempre la misma: «Cerrados los circuitos a todo otro contacto». Eso logra irritarme.

—Debe haber problemas en la Tierra —observó secamente Ellison —. Siempre hacen igual cuando precisan tener todos sus sistemas de comunicación libres de interferencias. A fin de cuentas viajar por el espacio no reporta ya problemas serios. Todo lo podemos resolver nosotros. Y si fallamos, está la computadora.

—El viejo trasto... —rió Baxter, palmeando la computadora—. Sí, eso es cierto. Sin ella, no .hubiéramos logrado gran cosa... Me inclino ante la sabiduría de las máquinas..,

Nos ajustamos los cascos los demás. Yo cerré mi traje a presión. Nos fuimos acomodando en los asientos. Cruzamos las bandas de seguridad. La velocidad de descenso aumentaba. La gravedad terrestre empezaba a ejercer sus efectos sobre nosotros. Y sobre la nave. En los paneles de televisión de la computadora se marcaron las cifras de control de los sistemas de refrigeración y antirroce del fuselaje exterior. Aun así, la temperatura aumentaba. Los sistemas de frío interior actuaron sobre ese exceso de calor, automáticamente.

En la pantalla de la computadora apareció la indicación tranquilizadora, cuando yo acababa de acomodarme:

> «Todo en orden a bordo. Descenso normal. Temperatura de fricción adecuada. Mecanismos funcionan a tope. Sin novedad.»

Era alentador. No se podía uno quejar del regreso. Todo se cumplía conforme a lo previsto. Absolutamente todo.

—Acordaos de besar el suelo al llegar —dijo Ellison—. Es una promesa, ¿recordáis?

Asentí. También Baxter. Recordar... Cielos, ¿cómo no hacerlo, aunque hubieran pasado once largos, interminables meses en el espacio? ¿Cómo no evocar todos y cada uno de los detalles de nuestra vida cotidiana en el mundo, antes de este gigantesco salto a los espacios?

Seguimos descendiendo. Descendiendo siempre, hacia la gran esfera azul que era nuestro planeta, familiar y entrañable...

Poco después, estábamos ya en terreno firme. Habíamos regresado.

*

Sí. Habíamos regresado...

El viaje había terminado. La nave estaba inmóvil. Al fin en la Tierra. En casa...

—Misión cumplida —musitó Kane Ellison.

Eso era significativo. Misión cumplida. Y nosotros lo habíamos hecho así. Habíamos cumplido lo nuestro. La misión encomendada. Era de esperar que lo obtenido científica y técnicamente por el Victory III fuese positivo para nuestro país. Y para la Humanidad, claro. Uno ya está de vuelta de nacionalismos ridículos, cuando se trata del bien de toda la colectividad humana, que es lo que cuenta a todos los efectos, presentes y futuros.

Misión cumplida. Ellison lo había dicho. Y era la frase justa.

*

No vimos a nadie en principio.

Era Io previsto. La nave estaba parada en el cosmódromo. Desde allí, pasamos directamente por un conducto que funcionaba mecánicamente, a una cámara especial de cuarentena para astronautas.

Todos los muros herméticos, aislados, infranqueables. Eran las medidas de rigor para los que volvíamos desde más allá de Marte, de la zona de asteroides Van Allen. Una vez hubo un error en ese sentido, y un compañero propagó una dolencia epidémica en la Tierra. El peligro se superó. Pero se procuraba no caer de nuevo en el error.

No parecía haber errores. No ahora.

Todo funcionaba automáticamente en el cosmódromo. Desde la zona de cuarentena pasaríamos a ser de nuevo ciudadanos del mundo, con todo lo bueno y lo malo, lo vulgar y lo cotidiano que ello implicaba.

Nos dispusimos a soportar la prueba. Era, simplemente, un? más en aquel largo y duro período de trabajo que significaba ser elegido para una misión especial en torno a otros mundos.

Y esperamos.

Conforme al plan previsto, todo se desarrolló tal y como sabíamos nosotros que había de desarrollarse. Finalmente, diez fechas más tarde de un total aislamiento, durante el cual enviábamos mensajes cifrados a nuestros superiores, por medio de máquinas electrónicas, recibimos al fin el mensaje definitivo:

«Cuarentena terminada. Alta definitiva para los astronautas Bowman, Ellison y Baxter.»

El paso siguiente era volver a casa. Al hogar. Con los nuestros...

Era un momento tan anhelado, que parecía que nunca se iba a ver cumplido.

Pero también llegó. Para todos. Para Ellison, para Baxter y para mí...

*

—¡Stella!

—¡Duke!...

Nos abrazamos. Nos besamos. Era un encuentro esperado largo tiempo. Meses y meses. Nos sentimos efusivos, cálidos, emocionados. La sentí llorar, sollozante, apoyada en mi pecho. Yo no lloré. Hubiera estado mal en un hombre. Pero sentí ganas de hacerlo. Sobre todo cuando oí dentro de la casa unas voces entrañables, agudas, excitadas:

—¡Es papá, es papá! ¡Ha vuelto!...

Les recibí en mis brazos. Les cubrí de besos. Y ellos a mí.

Sí. Había vuelto. Estaba allí por fin. Era hermoso. Era grande. Uno no sabía el valor de ciertas cosas hasta verse lejos de ellas. La esposa, los hijos, el hogar, eran casi todas esas cosas.

Stella me llevó adentro. Connie y Dave se abrazaban a mis piernas. Me miraban con curiosidad y sorpresa, como si yo llegara de otra galaxia. Y casi era así...

—Duke, te echamos tanto de menos...

—Lo imagino —asentí—. Vosotros estabais aquí todo este tiempo, haciendo vuestra vida normal. Imagínate nosotros... Solos en aquella cápsula, flotando en el vacío, tan lejos...

Sí, Stella entendía. ¿Cómo no iba a entender? Ella entendía siempre. Era una gran mujer. Hogareña, dulce, apacible. Una gran esposa. Cuando nos casamos, pensaba en ella románticamente. Como si fuese una heroína de cuento de hadas. Y yo, el príncipe azul que había de salvarla de imaginarios peligros, de espantosos dragones echando fuego por sus fauces. Todos hemos soñado cosas así cuando nos enamoramos. Luego, una vez casados con la chica elegida, todo eso se torna cariño, afecto, mutua entrega y devoción. Y algo que no tiene damas en peligro, ni caballeros medievales, ni dragones o hadas. Solamente los peligros de la propia vida diaria. Y la forma de vencerlos juntos, estrechamente unidos...

Sí, Ella entendía. Yo también.

Quería a Stella. Y ella a mí. De nuestro amor romántico de novios, quedaba el recuerdo dulce y hermoso. Y el cariño hondo y firme de ahora, quizá más fuerte que el propio amor juvenil, siempre alocado, soñador, a veces engañoso. Esto de ahora no engañaba. No podía engañar.

Le hablé de esas cosas durante la cena. Me miró, entre sorprendida y divertida. Sonrió de buena gana, moviendo la cabeza.

—Duke, deja de soñar —dijo—. Has vuelto a la Tierra.

—Cierto —asentí—. Volver... A veces, parece un verbo de sencillo significado. Pero cuesta entenderlo, adaptarse otra vez... He pensado tanto estos meses...

—No seas tonto -—musitó ella—. No pienses, cariño. No debes hacerlo.. Ya no.

Me oprimió la mano. Me miró larga, intensamente. Con patetismo, diría yo. Noté algo raro e indefinible en su modo de obrar. Pero no supe lo que era. No podía saberlo entonces.

Los niños jugaban, terminada ya su cena. Connie bostezaba al poco. Dave la tiró del pelo, y ella rompió a llorar. Todo como siempre. Como entonces. Como siempre. Me sentí repentinamente sorprendido.

—Tiene gracia —comenté, tomando un sorbo de café y encendiendo mi cigarrillo, cómodamente sentado ante la mesa.

—¿Qué es lo que tiene gracia? —indagó Stella, recogiendo la vajilla.

—Llegué pensando que todo habría cambiado tanto... Y no ha sido así. Tú eres la misma. Ni una arruga más. Ni un año más vieja...

—Oh, eres un gran bobo —rió—. Ni siquiera hace un año de tu marcha. Me cuido, Duke...

—Y los chicos... No han crecido. Están como entonces...

—¿Esperabas ver unos gigantes, un hombre y una mujer, siendo apenas dos críos?

—Tienes razón, no me reproches más —alcé las manos, con ademán implorante—. Tienes que disculparme. Veo las cosas raras. Es la novedad, la emoción, el largo encierro en ese chisme que flotaba en el espacio... Hubo un momento en que creí no verte más...

—¿Cuándo, amor? —me preguntó Stella dulcemente, fijos en mí sus amplios, luminosos ojos azules.

—Fue más allá de Marte, en los asteroides Van Allen. Hubo una avería grave a bordo, nos quedamos incomunicados, creímos perdernos definitivamente hacia Júpiter, acaso hacia Saturno o más lejos, a la noche eterna de los espacios ajenos al Sistema Solar...

—¿Y reparasteis la avería? —me preguntó ella, mirándome fijamente, con expresión interesada.

—La prueba es que estamos aquí —reí de buena gana—. Pero no, no fue mérito nuestro. Los mecanismos actuales son tan perfectos... Se reparan solos. Automáticamente, rectificóse la nave de sus fallos y volvimos a la ruta señalada. Pero fue un mal momento, cariño.

—Los malos momentos pasan, por largos que sean —suspiró. Acarició mi mano, mi mejilla. El frescor de su suave piel me hizo estremecer gozoso—. Así ha ocurrido, Duke. Has vuelto. Estás aquí. Eso es Io que cuenta. Ahora, para siempre...

—Sí, cariño —asentí—. Para siempre. Por toda una vida. Hasta

que seamos ancianos, y recordemos con una risa este momento. Y todo lo que nos costó esperarlo...

Ocurrió algo raro. Ella se alejó bruscamente hacia la cocina sin responder. Como si yo hubiera dicho algo inconveniente. No podía entenderlo. Pero fumé en silencio.

Ella volvió a terminar de retirar los objetos de la mesa. La miré. Ella también a mí, pero fugazmente. Regresó a la cocina, con el resto de vajilla. Me sentí realmente intrigado. E inquieto.

Cuando regresó de nuevo, para dejarlo todo en orden, aferré' su mano. La miré, poniéndome en pie.

—Stella, ¿qué te ocurre? —indagué.

—¿A mí? —ella me miró, inexpresiva. Sentí que apretaba sus labios, para no revelar emoción alguna—. Nada, Duke, ¿qué había de ocurrirme?

—No lo sé. Eso es lo que me extraña. Te vi rara hace un momento...

—¿Rara? ¿Por qué motivo?

—Es lo que me pregunto yo. Mencioné nuestra vida, nuestro amor, nuestra vejez, y entonces tú...

—Por favor, Duke —se desasió de mí de repente—. Hay trabajo en la cocina. Debo dejar todo limpio. Pese a los mecanismos actuales, prefiero dirigir yo la limpieza...

Se marchó. Me dejó perplejo. Sí, ocurría algo raro. Por alguna razón, no le gustaba el tema. Y eso no tenía mucho sentido, a fin de cuentas. ¿Qué otra cosa mencionar que el futuro, nuestros años unidos, hasta el fin de la existencia?

Los niños gritaban y corrían allá, al fondo de la casa. La voz de Stella les llamó al orden. Tenían que acostarse. Vinieron a besarme y despedirse de mí hasta el otro día. Como siempre. Como si nada hubiera sucedido, Como si no hubieran pasado once largos meses de separación... Les besé y abracé como antes de partir. Les vi correr a su dormitorio. Igual que siempre... Stella tenía razón, sin duda. Once meses no cambian demasiado las cosas. Once meses, en la Tierra, sólo son eso: once meses. En el espacio... son como siglos. Una eternidad completa.

Paseé, oyendo el familiar ruido de vajilla en la cocina. Fui hasta el porche. Asomé. La noche era tibia, para ser diciembre. Estrellada, apacible, sin frío ni humedad. Mis ropas abrigaban mucho, eso sí.

Me encontré con un periódico. No lo había visto antes. Estaba doblado, sobre una silla. Un periódico... Era como sentir algo enormemente viejo y querido en las manos. Nada de televisión, computadoras o grabaciones. Simple letra impresa. El más viejo sistema del mundo para dar noticias a la gente.

Lo tomé. Lo abrí...

—¡Cielos, no! —musité angustiado. Y volví a leer los titulares, incrédulo—: Oh, no... No puede ser...

—¿Ya has leído los periódicos, cariño?

Era ella. Stella, mi mujer. Me volví. Estaba en el umbral del comedor, mirándome tristemente. Yo asentí despacio. El periódico cayó en mis manos. No me sentía siquiera con fuerzas para seguir leyendo.

—Sí —murmuré—. Ya lo he leído...

—Por eso no quería... hablar contigo del futuro —susurró—. Ni de nuestra vejez...

No dije nada. No respondí. Entre ella y yo, el periódico yacía en el suelo. Sus titulares en rojo parecían saltar ante mí, como algo vivo y palpitante:

«La guerra bacteriológica empezó ayer. Se dice que, virtualmente, ha terminado ya. Las grandes potencias orientales se han destruido mutuamente.»

«La contaminación global es absoluta. Los cálculos más optimistas cifran su llegada a los Estados Unidos en menos de una semana.»

Y un editorial, debajo, encabezaba su dramático texto con esta frase:

«Tengamos serenidad. Sepamos morir.»

CAPITULO II

—Morir... ¡Morir, Stella!

—Lo siento, Duke. No tuve fuerzas para hablarte de ello. Los niños tampoco saben nada... a menos que ha-yen leído ese periódico por error mío. Me descuidé. Es un fallo imperdonable. Todas las familias estamos de acuerdo. Y los maestros. Los niños nada deben saber. La radio, la televisión y todos los medios informativos, nada dicen. Las ediciones de los periódicos son restringidas y se recogen inmediatamente. Nadie habla de ello. No vale la pena, después de todo.

—¿No vale la pena? —aullé-—. ¿No vale la pena vivir o morir? ¡Stella, yo estuve arriba, en el espacio, once interminables meses, luchando y sacrificándome por el bien de todos los hombres! ¡Tengo derecho a exigir, a reclamar!

—¿Exigir, reclamar? ¿A quién, Duke? —me preguntó ella tristemente—. ¿A la Unión Soviética y sus aliados? ¿A China y sus amigos? Es tarde, Duke. El poderío de dos siglos culminó en él caos mutuo. Se enfrentaron. Alguien se equivocó. Otro replicó, en represalia. Y se aniquilaron con bacteriología bélica... Lo peor es que perdieron el control. Las nubes mortales van rodeando el planeta poco a poco. Es el final. Cuestión de días... o acaso sólo de horas...

—Aun así, Stella. No quiero morir. No he vuelto del espacio para esto... —rechacé furioso.

—¿Qué puedo hacer yo, ni nadie como yo? Los científicos lo han intentado todo. Lanzaron proyectiles contra esas nubes. Toda clase de defensas. Fue inútil. Más de medio planeta está ya mudo para siempre...

—¿Muerta... muerta la gente? —temblé.

—Toda. Hasta el último ser. Han intentado comunicar por radio, por todos los medios imaginables... Han sobrevolado por encima de la nube bacteriológica... No hay supervivientes. Ni uno.

—Pero..., pero, ¿por qué? ¿Cómo pudo suceder?

—Ya te lo dije. Un error, una estupidez... Como ocurren esas cosas.

—¿Y... no hay remedio?

—Ninguno, Duke; es el año final. El caos. Hemos perdido toda esperanza.

—Pero..., ¡pero las calles, la gente, los centros oficiales, militares, las comunidades humanas!... Todo funciona como antes, todo el mundo se divierte, ríe, habla... ¡Igual que si nada sucediera, Stella!

—Es lo maravilloso del hombre, Duke. Todos pensábamos en un pánico colectivo, en el terror y la desesperación... No. Todo va a

ocurrir así. Tranquila, serenamente. Nos hemos hecho a la idea. Hemos aceptado nuestro destino. Eso hace mejor las cosas. ¿Qué se gana estrellándose contra lo inevitable?

—Stella, y eres tú..., ¡tú!..., quien te expresas así...

—Tú también lo harás pronto. Cuando te hayas adaptado.

—No... —mi voz era un jadeo, casi un estertor. Retrocedí, tras pisotear el periódico de rojos titulares—-¡Nunca me adaptaré! ¡Nunca, Stella!... ¡No lograréis hacer de mí un necio que se resigne a morir estúpidamente! ¡No sé lo que os pasa, pero esto no es humano, no es natural...!

—Duke, cariño..., ¿qué ganarás con desesperarte? Esta vida se termina. Pensemos ya en esa otra que nos fue prometida...

—Hablas... hablas como un monje, Stella... —me quejé, exasperado.

—Todos somos monjes ya de una religión fatalista: la de los propios humanos, enfrentados a su destino. Lo siento por Connie, por Dave... Nosotros hemos cumplido ya una función. Lástima que no sirva para nada ahora...

—Dios mío, estáis locos —gemí—. ¡Todos locos...!

Stella no me contestó. Acaso me compadecía en silencio, pensando lo mismo de mí. Y no le faltaba razón. Era enloquecedor saber eso. Significaba renunciar a todo. Justamente ahora, que yo había vuelto a por ello...

—Entonces... ¿de qué sirvió? —musité—, ¿De qué sirvió todo? El viaje, el espacio, los planetas... ¿Para qué fuimos allá? Si fardo unos días más, Stella...

—No nos hubieras encontrado ya. A nadie. Ni siquiera los cadáveres, Duke.

—Ni siquiera los cadáveres... —me llevé las manos a la cabeza, desalentado—. ¡Oh, no puedo entenderos! ¿Qué pensáis hacer?

—Todo está dispuesto. En cada casa, en cada lugar habitado... Cuando empiece a caer la gente en cada ciudad, los demás se dividirán. Unos irán a morir a las iglesias y centros destinados a la oración. Otros, se ocuparán de los que mueren, incinerándoles.

—Y a los últimos... ¿quién va a incinerarlos? —murmuré con angustia, sintiendo el frío sudor de mi frente y rostro.

—Nadie. Hay mecanismos en cada ciudad. Están a punto. Crearán un fuego súbito, que lo quemará todo. Enseres, gentes, cuerpos, animales...

—El mundo calcinado. ¿Es así el final, Stella?

—Es así. Sí, Duke, cariño...

—Dios mío, ¿por qué volví? ¿Por qué?

Me miró ella dulcemente. Su voz me estremeció:

—Cuando menos... para morir junto a mí. Y junto a los niños. ¿No

es suficiente, Duke?

No pude responderle. Ella tenía razón. Traté de mirar al suelo, al diario pisoteado: «Tengamos serenidad. Sepamos morir»...

Lo leí en la primera plana. Y me pregunté si no era una advertencia sensata, razonable y cristiana. Pero aun así, no pude sentirme resignado. Tuve miedo. Y tuve ira y exasperación. Quizá porque me sentía impotente para evitar aquello que era ya inevitable...

*

—Inevitable. Sí. Lo es, comandante...

—Sidney, tú también lo sabes ya...

—Elma me lo ha dicho. Confidencialmente. Ya tiene preparados a los niños. Ellos no sospechan nada, señor.

—Los míos tampoco. Pero eso no significa nada, Sid. ¡Van a morir, apenas llegados al mundo! Sin haber sabido siquiera lo que era exactamente la vida...

—Lo sé. ¿Qué puedes hacerle? Quizá, de todos modos, no valga tanto la pena...

—Sid, ¡estás resignado!

—¿Puedo hacer otra cosa?- Me temo que no, señor...

—¡No me llames más «señor»! —me enfurecí—. Ya no soy tu jefe. Ya no soy nadie. Ninguno lo somos, Sid. Sólo hombres. Hombres asustados. 0 resignados. Hombres que van a perecer.

—Todos vamos a perecer. No sé si es un consuelo, pero ayuda a sobrellevarlo.

—Es el final más estúpido que pude imaginar. Siempre pensé en el día último de la Humanidad como algo patético y devastador. Y resulta que vamos a esperar la muerte con toda calma, con toda paciencia y serenidad... cantando loas al Señor.

—A fin de cuentas, es Él quien debe ocuparse ahora de nosotros, Bowman. Sólo nos queda orar. Y esperar...

—Sí, supongo que sí. Es lo que dicen todos. ¿Has hablado ya con Kane?

—Hablé antes, Bowman. Kane está resignado ya. Lamenta no poderse casar con Nadia, su prometida. Quizá se casen, después de todo. Pero, ¿qué puede importar ya eso?

—¿Por qué no nos lo comunicaron, Sid? Quizá hubiera preferido morir allá en el espacio, lejos de aquí...

—No tendría objeto, Bowman. Es morir también. Y lejos de los nuestros... Por eso no vale la pena fletar aeronaves e intentar salvar a alguien. Luego, sin lugar donde reponer oxígeno, alimentos y todo eso... sería el fin. En una espantosa soledad.

—Muy bien —dije—. Resignados todos. Intentaré ser como todos. Pero dudo que lo logre. Me siento siempre rebelde ante cualquier cosa. Con más motivo ante… ante el Juicio Final.

—No hay rebeldía que valga. Un puñado de estúpidos cometió el error. Igual pudimos haber sido nosotros. Es una torpeza del hombre, sin distinción de nacionalidades o ideologías. Lo que Dios nos donó generosamente, se lo devolvemos ahora, torpe y desgraciadamente. Nos donaron un paraíso y lo convertimos en un infierno. ¿Habrá en el Universo criatura viviente más necia y estúpida que el ser humano?

—Nunca se sabe, Bowman. Ahora, amigo…, adiós. Que tengas un tranquilo tránsito a la vida eterna.

Se cortó la comunicación. Dejé de ver en el pequeño visor estereoscópico, la imagen de mi comunicante, todo apacible serenidad… Sidney Baxter esperaba también con calma el final. Quizá ellos tenían razón y el loco era yo…

—Te lo dije, cariño —habló con dulzura Stella—. Todos aceptaron lo que ha de venir. Es el mejor camino.

Me volví, malhumorado. Pero esta vez no le repliqué con acritud. No valía la pena. Si Stella lo aceptaba así, bien estaba. A fin de cuentas, yo no me desesperaba ya por mi propia vida, sino por la de ellos. Por la de mi esposa y mis hijos.

Regresé al gabinete. Me acomodé en él. Daban un programa musical en el Stereo-TV particular. Como si el mundo sonriera alegremente a su futuro. Un futuro que podía durar siete días. O uno solo…

No había noticias. Nadie sabía nada. Las ediciones limitadas de los diarios, se agotaban en instantes, y eso era todo. Casi todo el mundo destruía luego los periódicos, para evitar que lo leyeran los niños.

Ese silencio era peor que nada. Cuando llegase, no sabríamos apenas que estábamos ante nuestro propio fin. Stella me informó al respecto.

—Todo empieza con dolor de cabeza y pesadez de párpados —dijo —. Luego, te dan temblores, vómitos… Cae uno en coma. Y termina en poco tiempo… Así dicen que ocurre.

—¿Y los refugios atómicos, orgullo de toda una época? —sugerí, perplejo.

—Inútiles. Los gases letales y las bacterias lanzadas en las zonas de combate llevan una serie de sustancias de gran penetración y consistencia. Donde llegan, abaten lo que haya con vida, se filtran por doquier… Incluso los más sólidos refugios han sido invadidos por las nubes bacteriológicas.

—Los muertos deben de ser ya millones..„

—Muchos millones: Asia, parte de Europa, Australia… Cientos de millones, Duke. La humanidad entera. El gran holocausto…

El gran holocausto. Y había tenido que suceder ahora. A nuestro regreso.

—Bendito retorno —murmuré—. Es una feliz bienvenida...

Stella no dijo nada. Sabía que no me resignaba como ella, aunque poco a poco iba perdiendo mi combatividad habitual. Y eso era mal asunto. Empezaba ya a conformarme. Como todos...

Caminé despacio hacia mi habitación. Me eché. Quise escuchar música. Abrí un interruptor de radio. Transmitían música ligera día y noche, sin apenas interrupción. Desde allí miré al exterior. No me sorprendió ver muchos establecimientos cerrados. Y ninguna persona en las calles.

Se iban retirando. A la espera del momento supremo. Querían que les pillara en sus casas. En su rincón. Como los animales...

No me sorprendió demasiado. Vi a Stella en la puerta del cuarto. Me miró largamente. Vi resbalar algo húmedo de sus ojos. Las lágrimas trazaron dos surcos en | sus mejillas.

—Ya, Duke —dijo.

—¿Ya? —repetí indeciso.

—Sí. Está llegando... Vamos a morir ahora mismo, Duke...

Supe que decía la verdad. No sentí miedo. Ni siquiera me moví, tendido en la cama. Mirando siempre a Stella.

*

—¿Cómo puedes saberlo?

—Las emisoras cercanas dejaron de transmitir súbitamente. Suenan notas de órgano. Es la señal. Dejaron unas grabaciones que funcionarían automáticamente, cuando nadie ocupase los controles...

—¿Cerca?

—Muy cerca. A pocas millas. Tardará poco.

—¿Como cuánto?

—Minutos. Tal vez diez. No más, Duke...

—Diez minutos... —resoplé—. ¿Y los niños?

—Duermen. Les di un sedante. Sospechaba algo así. Será mejor, Duke...

—Supongo que sí. Será mejor... —sacudí la cabeza—. Cielos, no tiene sentido nada de esto... Todos aquí, en silencio. Esperando...

Era verdad. Todos en silencio. Esperando. La ciudad parecía ya un cementerio. Me incorporé en el lecho. Vi correr a unos transeúntes, hacia sus casas. Uno llevaba pasteles en un paquetito. Sonreí. Cuando cerró tras de sí la puerta vecina, llamé a Stella.

—¿Qué pensará celebrar? —refunfuñé.

—Es mejor así. Celebrando algo. Aunque sea un absurdo —la vi caminar hacia la cámara.

Regresó con champaña. Y dos copas. Me estremecí. Sentía algo de frío. Y un poco de pesadez en los párpados.

—¿Por qué brindamos? —sonreí, viéndola descorchar la botella.

—Por nosotros. Por un mundo mejor… cuando la vida vuelve a existir. Si existe alguna vez, en un remoto I futuro.

—Me pregunto si valdrá la pena —alcé la copa. Las I burbujas saltaban joviales, alegres como en una fiesta. I Chocó con la copa de Stella. Bebimos. Me oí musitar I roncamente—: Por ti, amor…

—Por ti, cariño… —fue la respuesta.

Luego, quebró su copa. La imité. Nos miramos. Cayó I en mis brazos. De repente, la oí sollozar. Su resistencia I humana se había roto al fin. La sentía más próxima, más entrañable. Y también más necesitada de mimos, I de caricias, de protección. Aunque todo eso no sirviera de nada…

—¡Oh, Duke, cariño! —gimió—. ¿Por qué, por qué…?

—Calma —la alenté—. Recuerda. Hay qué esperar… y mantener la serenidad. No vas a fallar ahora, ¿eh, cariño?

—No, no —se enjugó las lágrimas como pudo, intentó i ser fuerte. Sus ojos se iban hacia la alcoba de los niños. Yo procuré distraerla. Desvié su rostro, lo besé. La vi llorar en silencio, ahogadamente.

—Tengo temblores, Stella —dije—. Y dolor de sienes, Muy fuerte…

—Es eso, Duke. Las bacterias. La nube está ya cerca… El mal letal… —se oprimió las sienes. Tembló—. Yo… yo también…

La atraje hacia mí. La abracé con más fuerza que nunca. No me importó ya que llorase. Mis ojos también estaban húmedos. Se encontraron nuestros labios.

El aire tenía un extraño olor dulzón ahora. Afuera, la luz se oscurecía, como si hubiera un nublado súbito…

Era la muerte. Nuestro fin. El Apocalipsis silencioso.

Luego, empecé a sentir la laxitud de la muerte. También Stella, pegada a mí. Nuestras manos, estrujando mutuamente los dedos, se estaban helando. El sudor era frío…

—Stella… —musité.

—Duke, amor… —la oí susurrar a ella.

Luego, supe que empezaba a morir. Ella agonizaba. Yo también.

Era la muerte. Nunca estuve tan seguro de algo.

—Stella… —repetí.

No contestó. Su piel se helaba. No respiraba. No abría los ojos. Parecía dormida. Pero yo sabía que no era así. Estaba muerta.

Mis párpados cayeron. Quise decir algo. No pude. No supe ya nada más.

Yo también acababa de morir.

CAPITULO III

Muerto.

Yo estaba muerto.

Dios mío... ¿Era esto la muerte? ¿Lo era? No podía ser otra cosa.

Yo había muerto. Y Stella. Y los niños. Y Ellison, y Baxter... Todos. Todos estábamos muertos ya.

Siempre había imaginado la muerte como algo vacío, oscuro, infinito. La Nada misma. El No Ser, No Sentir, No Pensar.

Yo... yo estaba pensando aún. Pensando en mí, en Stella, en todos. Pensando en la propia muerte del mundo al que yo pertenecí. El mundo al que había regresado felizmente, para encontrarme con la devastación final.

¿La muerte estaba hecha también de pensamientos?

¿Era eso lo que sucedía? ¿Sólo pensamientos, ideas?

No veía nada. No sentía nada. No percibía luces ni sonidos. Ni siquiera la presencia física de mi cuerpo, de mi propio ser en alguna parte. Ni aun podía estar seguro de que hubiera allí alguna parte.

No. No había nada. O yo no lo percibía. Pero tenía I conciencia de existir, de seguir siendo yo mismo, en algún lugar, en alguna dimensión.

Traté de centrar aquellos pensamientos en algo. Sólo pude evocar a Stella y a los niños. Solamente a ellos. Luego, una cápsula en el espacio. Y tres hombres en ella. Yo, uno de ellos.

Los pensamientos eran siempre los mismos. Giraban en torno a esos dos únicos temas.

Luego, de repente, sentí. Supe que poseía forma humana, que seguía envolviéndome algo, mi propio cuerpo sin duda.

Concentré una idea. Moverme, Mover mis manos... si las tenía.

Sí. Moví mis manos. O tuve conciencia de ello, cuando menos. Traté de tocar mi cabeza con ellas. Un contacto frío y húmedo rozó mis sienes, mi frente febril, sudorosa. Sí... Poseía manos. Y cabeza. Y rostro. Y cabellos...

El roce se hizo más concreto. Era como volver de una parálisis, como recuperar los miembros dormidos a la vida, tras estar acorchados. Lentamente mis dedos palparon y mi piel se hizo sensible.

Era yo. Yo mismo. Otra vez yo. Como siempre había sido. Tal vez como jamás dejé de ser...

La oscuridad alrededor era siempre idéntica. No veía nada. Ni luz, ni colores, ni cosa alguna material. Acaso eran mis ojos. Quizá estaba.,, ciego.

—¡No! —susurré, estremecido—. No, eso no…

Llevé mis manos a los ojos. Los toqué, los froté. Me dolieron. Pero no vi nada. La oscuridad era absoluta. Como la misma oscuridad del espacio cósmico. Pero sin astros, sin luces remotas. Sin nada.

Me moví. Supe que me movía. Estaba en pie ahora. ¿Me había incorporado por mí mismo, o siempre estuve en pie? No hubiera sabido decirlo. Mi mente aún parecía atrofiada, funcionaba torpemente, igual que mis manos, mis piernas, mi cuerpo todo.

Pero caminé. Eso sí. Caminé. Sobre algo sólido, firme. Un suelo, el que fuese. Estaba caminando en alguna parte. Quizá más allá de la vida y de la razón. En el Valle de las Sombras…

No me parecía plausible. Sonaba poético y fantástico, pero yo había sido siempre un hombre realista. En la NASA sólo admitían gente positiva, práctica, no soñadores. Una cosa es ser poeta y cantarles a las estrellas. Otra muy distinta, tener que viajar hacia esas mismas estrellas, dependiendo la propia vida y las ajenas de cálculos matemáticos, circuitos electrónicos y unos nervios de acero para las situaciones desesperadas.

Por eso no pensé que estuviera recorriendo el Wallahalla ni nada parecido. No. Lo verosímil es que, de algún modo, había sido trasladado a alguna parte, y con vida. Este era el regreso a la consciencia. Sólo faltaba saber dónde estaba. Y por qué salvé mi existencia de una muerte inexorable.

—¡Eh! —llamé en la sombra—. ¿Hay alguien por aquí? ¿Me puede escuchar alguien?

Callé. Mi voz fue repetida huecamente por lejanos ecos. Me estremecí. Todo daba sensación de soledad. Absoluta soledad, además. Vacío…

Caminaba como un ciego. Y mucho más torpemente. Tropecé. Sí. Tropecé con algo. Caí de rodillas, y me di un fuerte golpe en la cabeza contra un muro. Alcé mis manos, tanteé.

No, no era un muro. Era un montículo. Palpé algo frío, duro, húmedo. Piedra, acaso. Debía de hacer frío. Hacía frío, realmente. Lo experimenté ahora. Mi transpiración era helada. Estaba tiritando. Pero sentía calor en el rostro, en la frente. Fiebre.

—Rocas… Un montículo… —palpé el suelo, terso y levemente rugoso—. Suelo pedregoso, una roca saliente donde tropecé.-.. Cielos, ¿qué lugar es éste? ¿Por qué no veo nada?

Era peligroso incorporarse de nuevo, seguir caminando… Toqué mi cuerpo… Llevaba ropas, sí. Pero mis dedos palparon boquetes, desgarros, jirones. Y partes de mi piel, desnudas.

Llevaba auténticos harapos. Debía de ser lastimoso mi aspecto. Eso era desconcertante. Todo lo era. Yo no quería esto. Ni siquiera quería vivir. Sin Stella, sin los niños, sin los demás, en aquella soledad negra

y silenciosa..., ¿para qué quería yo la existencia? ¿Por qué me daban una vida que yo no había pedido?

Me mantuve en el suelo. Encogido, tratando de no pensar. Aun así, pensaba. En lejanos temores de niño. En la perdida fe sobre cosas olvidadas en el tiempo: cielo, infierno, purgatorio... Dios mío, ¿era esto alguna de esas cosas que el hombre acoge siempre con escepticismo y aires de suficiencia? ¿Habíamos estado todos tan ciegos durante siglos enteros, como para negar lo que era cierto? ¿Qué peso en la balanza de la Justicia que no pertenecía a los hombres, había enviado mi alma a una penitencia más allá de la vida?

Sacudí la cabeza, angustiado. Me reproché a mí mismo dejarme dominar por la imaginación. Aunque todo eso fuese cierto, no podía ser mi presente. No. No era. mi alma la que se debatía en un llano pedregoso, sino mi cuerpo. El mismo de siempre. Sólido y palpable. No era un Más Allá divino, sino una dimensión física, la que fuese. No podía sentirme tan soberbio como para creerme privilegiado por el Creador, y enviado a otra vida gozando de mi propia envoltura física, la que siempre dejan en la tierra aquellos que mueren...

Me incorporé, precavido. Tanteando a mi alrededor. Pisé poco a poco, adelantando el pie para no caer con algún nuevo obstáculo. Fui muy oportuno. De otro modo, no sé lo que hubiera ocurrido.

Esta vez no era un montículo, sino todo lo contrario: un vacío. Una sima. Perdí contacto con el suelo firme. Mi pie pisó el vacío. Intenté evitarlo y no pude. Caí.

Caí dando tumbos por una suave pendiente. Larga y dura, eso sí. De haber caído por ella sin estar prevalido, posiblemente hubiera sufrido serios golpes. Al final, terminé en un fondo menos duro que el de arriba. Bajo mi cuerpo, sentía blandura. Mis dedos se hundieron en algo esponjoso...

—Hierba... —musité—. ¡Es hierba o algo muy parecido!

Estrujé aquello entre los dedos. Tenía tallos. Eran plantas, desde luego. Y por entre ellas noté una humedad intensa. Hundí la mano en algo líquido. Olí. No tenía olor, salvo a algo silvestre. Podía ser agua. Simplemente eso: agua...

Llevé los dedos a la boca. Probé. Si no era agua, se le parecía mucho. Era insípida, fría y liviana. Humedecí mi frente y mis labios. Su frialdad aumentó mi frío, pero alivió mi destemplanza.

Allí me quedé quieto, pensativo, anonadado. Preguntándome siempre lo mismo, obsesivamente:

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no estoy muerto? ¿Y los demás...?

Pero nadie me contestaba. Nadie parecía existir en torno mío.

Estábamos solos la oscuridad y yo. Tremendamente solos.

De repente, vi la luz.

*

¡La luz!

Me erguí, dando un respingo. Incrédulo, miré a la distancia.

—Sí, sí,., —musité—. ¡Es luz, claridad del día, no hay duda...!

Luz mortecina. Como de un día nublado, tétrico. Pero luz, al fin y al cabo. Luz que venía hacia mí desde un horizonte terso, llano, infinito, allá al fondo de la zanja, que no era tan profunda como yo pensé.

La luz iba creciendo. Era gris azulada. Tenue, como luchando con vapores densos. Pero las formas iban cobrando apariencia real. Ya no había la desesperante y total oscuridad. Ya podía ver en torno mío, aunque no hubiera nada particularmente atractivo en aquel extraño paisaje desolado, grisáceo, muerto. Miré las hierbas bajo mi cuerpo, el charco de agua turbia... Las plantas tenían un matiz pardusco, feo. El agua era sucia. La piedra del suelo era pizarrosa y tersa.

—Sigo sin entender nada... —susurré.

Mis ojos se clavaron en el horizonte. En la luz, que crecía turbiamente, Y en aquel súbito disco que emergía del fondo, subiendo lentamente tras una masa de nubes negras.

El sol...

—Dios mío, el sol —murmuré—. Y apenas si da luz y calor...

No había duda. Tenía que ser el sol. Pero solamente podía ver un redondel pálido, color amarillento anaranjado, a través de un celaje espeso y triste.

Lentamente, el sol iba subiendo. Como siempre había ocurrido. Hacia su cénit. Pero jamás vi antes, en toda mi vida, una imagen tan triste y pálida de su esplendor. Era como un gigantesco eclipse. 0 peor aún.

Me puse en pie. Eché a andar, contemplando mis ropas destrozadas y sucias, mis manos manchadas, mi calzado roto. No entendía nada, pero había que hacer algo. Ir a alguna parte, en busca de algo, lo que fuese. Por puro instinto de conservación, cuando menos. Si me quedaba allí, terminaría muriendo de frío, de sed, de inanición.

Sentí un cosquilleo en el estómago, una sequedad intensa en la boca. Sí. Tenía hambre. Y sed. Tanto como frío y angustia. Eran sentimientos completamente humanos, sensaciones vitales.

—Dios mío, pero, ¿qué ocurrió después? —me dije, aturdido, sacudiendo la cabeza—. Stella y yo nos abrazamos, llegó la nube bacteriológica... y todo terminó. O debía de haber terminado...

Las interrogantes carecían de respuesta, y yo lo sabía. Seguí caminando. El sol estaba alto cuando varió el paisaje. Ya había luz

tenue, siempre turbia, débil. Como a primeras horas de un amanecer normal. Y debía ser cerca del mediodía. Si es que el tiempo significaba algo para mí y para cuanto me rodeaba.

No vi a nadie. Ni un ser humano, ni un animal, ni una huella de cualquier otra criatura viviente. Nadie, excepto yo. Yo solo. Siempre solo…

El páramo terminaba en unas abruptas elevaciones súbitas. Muy escarpadas, salpicadas de matorrales. Las estudié, pensativo. No eran difíciles de escalar para un hombre como yo, habituado a ejercicios violentos y a pruebas de vigor y agilidad en las pruebas de aptitud dentro de la NASA. Pero mi debilidad, el frío, el hambre y la sed minaban mi resistencia y mi poder físico. Aún no había encontrado un sorbo de agua, ni un alimento cualquiera. Como si estuviera pisando una superficie realmente lunar.

A pesar de ello, tenía que hacerlo. Quedarse uno en la zona desértica, era inútil. Y peligroso. Allí no había esperanzas. Tras aquellos riscos… ¿quién podía saberlo? Cuando menos, era preciso intentarlo.

Y lo intenté.

Poco después, pese a mi desfallecido estado, escalaba los peñascos, aferrándome a tallos y ramajes, que a veces me impidieron caer dando tumbos por las rocas hasta hacerme papilla abajo, en el duro suelo pizarroso del yermo.

Alcancé la parte superior de los peñascos. Era considerable la altura del promontorio. Me afirmé sobre mis piernas, en las rocas abruptas. Miré al otro lado. A mis pies.

No estaba preparado para ver lo que vi.

—Dios mío… —musité—. ¡No, no puede ser cierto!

Y contemplé las ruinas. Las infinitas ruinas extendidas ante mí, cubiertas de hiedra, de enredaderas, de vegetación y polvo, de lava y piedras, hasta donde se perdía la vista.

Los edificios que una vez fueran viviendas y centros comerciales, eran como muñones de piedra grisácea. Allí no había vida alguna. Debía de hacer siglos y siglos, decenas de siglos tal vez, que no alentaba ser viviente alguno en aquella enorme ciudad de altísimos edificios.

La hubiera podido reconocer, pese a todo, en cualquier parte. Aun en su estado actual.

Era Nueva York.

SEGUNDA PARTE

MÁS ALLA DEL CAOS

CAPITULO PRIMERO

Nueva York.

Con su Empire State, con el Rockefeller Center, con su viejo elevado, con sus edificios clásicos... Y con sus modernas aerovías, con sus autopistas elevadas, con los monorraíles y con la Torre de la Ciencia, erigida en el año 2000 para conmemorar la entrada del siglo XXI...

¡Nueva York destruido! Convertido en tristes ruinas olvidadas y silenciosas, en medio de enormes amontonamientos rocosos, de espesura silvestre, de polvo, de silencio y de abandono...

—No, no... —mis manos temblaban, al levantarse—. Esto no es posible... Estoy soñando... ¡No puede haber sucedido!

Pero había sucedido. Me decidí a bajar. Lentamente, tropezando en las rocas, en los matorrales, en los arbustos... No había ni rastro de carreteras o accesos. Sólo montículos, pedregales y matojos en torno al espectral Nueva York sin vida.

Aunque la muerte bacteriológica hubiese caído sobre nuestro planeta, ¿cómo era esto posible? Sobre un mundo muerto, hacen falta siglos y siglos para que las cosas adquieran ese aire de ruina, de vejez, de caos.

Ni siquiera había habido explosiones. Fue todo tan apacible, tan sereno... Esperamos a la muerte sin movernos, sin rebeldías inútiles. Encerrados en nuestras casas, rezando o llorando como máximo...

Pero de eso hacía poco tiempo. Acaso un día, acaso un mes. O un año, no hubiera sabido decirlo. Mi inconsciencia, ¿cuánto duró? Mi retorno a la vida, en aquella oscuridad impenetrable, ¿en qué momento se produjo, tras el holocausto?

Fuese cuando fuese, no podía haber siglos de margen entre el fin y el principio. Y esto era la imagen que podría ofrecer la Tierra muchos siglos después. Quizá milenios...

Nadie sobrevive durante milenios. No era posible que yo...

Dejé de reflexionar. Había llegado a Nueva York.

Enormes suburbios, calles y avenidas, fachadas, vidrieras, anuncios... Todo subsistía extrañamente preservado en el tiempo. A pesar del polvo, la lava, las piedras, la vegetación que emergía por todas partes, invadiéndolo todo vorazmente. Desmoronados rascacielos, calles a medio sepultar, vehículos convertidos en fósiles...

Esta había sido la mayor ciudad del mundo. No tenía sentido. Era enloquecedor.

Caminé...

Me detuve ante un edificio donde se leía: «Hotel Restaurante». Una

densa capa de polvo permitía aún descubrir las letras en relieve, grandes y visibles. Algunas de ellas caían, otras se habían agrietado…

Abajo, mis esperanzas se derrumbaron. El restauran- -te era sólo una cavidad oscura ahora, con una vidriera quebrada y polvorienta, de la que emergían plantas trepadoras. De haber alimentos allí, ¿de qué época serían?

Un manantial brotaba de una familiar avenida de Brooklyn. El agua corría entre piedras y edificios abatidos, ruinosos por completo. Me incliné y bebí. Era aceptable, aunque tenía un fuerte sabor a moho, a humedad. Me sació la sed.

Ahora, persistía una sensación cada vez más aguda: el hambre. A pesar de que la angustia, el horror y la incredulidad eran, mis sentimientos predominantes en estos momentos, no-podía olvidar que tenía apetito. Un feroz e insoportable apetito. Sin alimentos posibles a la vista.

Me detuve ante el Puente. Sentí un escalofrío en mi cuerpo aterido.

El Puente de Brooklyn. Su enorme estructura metálica se elevaba, rugosa, cubierta de moho y de moluscos, del centro mismo del río, hendida y deforme. Debía llevar siglos allí, desmoronado de sus pilares de sustentación. Era un gigante de hierro herido de muerte, abatido para siempre.

El río estaba allí. Vi sus aguas turbias, sucias, discurriendo apacibles, indiferentes a tanto caos, a tanto horror mudo y silente. Las embarcaciones habían des-aparecido sin dejar rastro, acaso podridas por siglos de permanencia en las aguas, abandonadas por sus dueños. Sólo vi unos embarcaderos y muelles completamente invadidos de plantas y de peñascos y polvo.

—Hubo algo más que guerra bacteriológica. Siguieron sin duda convulsiones geológicas, terremotos, alteraciones en la corteza terrestre… —me dije en voz alta, como alucinado—. El abandono y el tiempo vencieron al coloso urbano. Lo vencieron todo, sin duda. Pero, Dios mío, ¿cuándo ha sucedido todo esto? ¿Por qué yo lo estoy presenciando, como si fuese el último ser humano sobre la Tierra? Como si esto fuera lo más natural del mundo…

Era enloquecedor. Pero si no me adaptaba a la situación, perdería la razón de modo definitivo. Ocurriera lo que fuese, debía mantener la firmeza, el control de mis nervios y de mi razón. Al menos, en tanto fuera ello posible.

El último ser humano sobre la Tierra…

Mi idea no parecía nada fantástica, a la vista de la situación. No era fácil que hubiese ninguno más en parte alguna.

Apenas pensé eso, sentí precisamente todo lo contrario. En ese instante justo, tuve la vivida sensación de que unos ojos penetrantes

estaban fijos en mí, a mi espalda.

Me volví, sobresaltado.

*

No. No había nadie.

Perplejo, contemplé las ruinas ciudadanas, las grandes grietas en los rascacielos que un día fueran orgullo | de una civilización.

Estaba seguro. La sensación había sido demasiado clara. Me habían mirado. Pero no vi a persona alguna. No se descubría a nadie en cuanto abarcaba la vista. Quizá dentro de algún edificio...

Pero eso tampoco tenía demasiado sentido. ¿Qué o quiénes podían sobrevivir en semejante lugar?

Caminé por las calles desiertas, sobre montículos de piedras y tierras. Entre fachadas resquebrajadas o hundidas. Todo ello recubierto de aquel polvo de siglos, de aquella lava de milenios, de aquella vegetación selvática.

La sensación persistió. Sentía esos ojos fijos en mí. Me vigilaban.

Tuve un estremecimiento. Era raro, pero tenía la impresión de que eran ojos malévolos los que seguían mis movimientos. Ojos que no sentían afecto por mí, sino tal vez odio..,

—Me estoy dejando llevar por la imaginación —me dije—. No hay nadie. No me mira nadie. Debo olvidar eso.

Pero no lo olvidé. Poco después, la sensación fue tan viva, que giré la cabeza y me quedé mirando, desafiante, a un muro erguido ante mí, lleno de grietas y negros ojos vacíos de antiguas ventanas.

Los vi. Vi aquellos ojos.

Tuve una tremenda sensación de terror. Sufrí una sacudida. Y lamenté no poseer algún arma para defenderme de cualquier peligro que surgiera.

Sí, había alguien agazapado allí, en la sombra, dentro del edificio. Alguien que me vigilaba. Alguien cuyos ojos, al fin, había descubierto fugazmente, aunque luego desaparecieron de mi vista.

Ojos perversos, crueles, extrañamente fijos, amarillentos...

Como los ojos de un monstruo.

—Cielos... —me enjugué el sudor de un manotazo. Di unos pasos atrás—. ¿Quién... quién será?... No puede ser un amigo. Ni siquiera... ni siquiera me parecieron unos ojos... humanos...

Me incliné. Tomé una piedra del suelo, la más larga y afilada que vi. Tenía forma de vieja herramienta prehistórica, como una punta de hacha de sílex o cosa parecida. Podría serme útil, llegado el caso. Cuando menos, era mejor que nada...

Giré la cabeza, inquieto. Hacia un lugar diametralmente opuesto.

Otros ojos. Más de dos. Vi fugazmente seis pupilas clavadas en mí,

desde la oscuridad de un edificio en ruinas, tras sus muros. También esos ojos desaparecieron. Hubo un deslizamiento suave entre las rocas, como de alguien moviéndose...

Ya no había dudas. Tenía que afrontar el problema con toda su gravedad. Estaba cercado de varios seres cuya naturaleza desconocía, pero que me estudiaban hostilmente. Y que, tal vez, se disponían a iniciar un ataque contra mí.

Descubrí más ojos, más roces, más movimientos sordos entre las ruinas olvidadas. La situación se iba poniendo más y más tensa. Más y más peligrosa.

Eran muchos. Fuesen lo que fuesen, demasiados para mí. Podía calcular que una docena o más. Pero, ¿qué eran?

Porque estaba seguro de que hombres, no. Alguna extraña mutación, algún monstruo insospechado...

De súbito, en alguna parte, hubo un agudo chillido. Me revolví, con los cabellos erizados. Nunca había producido tanto pánico en mí un sonido como en aquel momento.

Entonces supe lo que sucedía. Su grito era la voz de alerta para todos. La orden de ataque. Y yo era su objetivo.

Era un ataque masivo. A muerte.

Les vi venir hacia mí. Brotar de todas partes, a bandadas. La náusea me invadió. Nunca hubiera esperado eso. Era demasiado repugnante.

Los monstruos, los seres de ojos malignos, se movían hacia mí, tumultuosamente. Era un cerco arrollador. Supe que caerían sobre mí sin remedio.

Y los monstruos eran...

Eran ratas...

CAPITULO II

Ratas...

Pero ratas gigantescas. Ratas como seres humanos. Cualquiera de ellas era casi tan alta como yo. Caminaban a saltos, como los canguros de otro tiempo. Sobre sus patas traseras solamente. Eso las hacía parecer más monstruosas y temibles.

Las ratas habían evolucionado. Eran una nueva y enorme especie. Tan feroces y tan crueles como sus pequeñas antecesoras. El turbio sol triste de aquel Nueva York dantesco se reflejó en los colmillos voraces de aquellos monstruos.

Supe que... iban a devorarme. Yo, que buscaba comida para saciar mi hambre, sería el festín que saciaría el suyo propio...

Y no tenía defensa posible. Ni la más mínima posibilidad de supervivencia. Si pretendía correr, pronto sería cazado. Ellas se movían más ligeramente que yo. Eran muy veloces. Y conocían su terreno. Las ruinas de Nueva York eran su propia casa ahora.

A pesar de todo, busqué salvarme desesperadamente. Eché a correr. Brinqué entre ruinas y peñascos. Me volví, descubriendo a una de las malditas ratas cerca de mí, babeante ya de gozo con la dentellada que iba a lanzarme. Su hedor me repugnó. Eran sencillas e inmundas ratas de alcantarilla, evolucionadas por sólo Dios sabía qué misteriosa mutación, a aquel tamaño inverosímil de ahora, y a aquel estado actual de movimientos sobre sus patas de atrás.

Arrojé la piedra certeramente, a la más próxima. La alcancé en pleno hocico, sobre las abiertas fauces de fétido aliento. Fue un impacto muy afortunado.

La rata se detuvo, como herida por un rayo. Brotó sangre de su hocico herido. Se quejó, con un chillido ahogado, y cayó dando tumbos, con su boca llena de sangre. Sangre que salpicó el pelaje gris sucio de sus compañeras.

Estas, entonces, se detuvieron. Me miraban con su malignidad de antes. Pero estaban hambrientas. Y, pese a toda su evolución, seguían siendo ratas. Con instinto de ratas. Tenían hambre. Y una de ellas había caído herida.

Sus hocicos husmearon a la rata caída, que pataleaba furiosamente. Luego, en horripilante festín, se lanzaron sobre ella. Los chillidos aumentaron, pero eran inútiles. Los dientes de los gigantescos roedores hicieron presa en su hermana malherida...

Cerré los ojos. Hubiera vomitado, de tener algo en mi vacío estómago. Me moví, deslizándome silenciosamente, buscando evadirme de allí sin ser advertido, en tanto ellas saciaban su

voracidad en la rata caída.

Pronto volverían a recordarme y perseguirme. Tenía que buscar un lugar seguro donde ocultarme. Pero, ¿existía ese lugar en Nueva York? ¿No se quedarían sitiándome, hasta que me llegara la muerte por sed e inanición, aun hallando un sitio seguro donde encerrarme?

No, no había demasiadas esperanzas, enfrentado a las malditas ratas gigantes de Nueva York. Y tampoco había esperanzas de comer nada, cuando ni siquiera ellas lo encontraban, y el hambre las hacía tan peligrosas.

Alcancé un edificio en singular estado de conservación, junto al río. Antiguamente, en el remoto pasado en que Nueva York y yo existíamos normalmente, aquél fue un hospital rodeado de jardines. Allá enfrente, una grotesca ruina lejana, cuadrangular, casi irreconocible ya, me hizo estremecer.

—Las Naciones Unidas... —musité—. Cielos, ¿de qué sirvieron?

Entré en el que fuera hospital de Brooklyn. Alrededor, los antiguos jardines eran zanjas, montones de cascotes, peñascos y matorrales selváticos. El edificio, por dentro, podía pasar por un auténtico museo de su tiempo, si hubiera habido algo más que ratas para visitarlo.

Conservaba incluso la blancura clínica de tales establecimientos. Y algunos muebles, los metálicos especialmente. Los otros, presa de la carcoma, del tiempo y de mil calamidades insospechadas, eran puro polvo de madera o desvencijados fragmentos perdidos.

Pero los lechos de metal, los quirófanos... Todo eso se conservaba relativamente bien. Lo recorrí, fascinado, con un suspiro de desesperanza y de amargura.

Todo aquello ya no existía. No eran sino ruinas silenciosas, desiertas, sin gente que las recorriese. No eran nada.

Tuve que ocultarme súbitamente en un quirófano, y cubrirme con un metálico armario de instrumental quirúrgico. El roedor se detuvo frente a la puerta, intrigado, husmeando el aire. Me puse rígido.

Otra maldita de aquellas ratas de andares grotescos, sobre dos patas, a saltitos. Otro roedor de ojos malignos y boca voraz. No sé si me había oído u olfateado. Pero cuando parecía que iba a seguir adelante... entró en el quirófano.

Venía a por mí. Sabía que un humano andaba por allí. El olfato le guiaba hacia su comida segura.

El roedor saltó sobre mí, al verme. Emitió un chillido breve y agudo, de placentera satisfacción. Yo le volqué encima el armario de instrumental. Viejos vidrios polvorientos se quebraron en su cabeza, pero no le afectaron demasiado.

Estaba removiéndose su feo cuerpo peludo y sucio para lanzarse de nuevo sobre mí. Su larga cola culebreaba con ira. Estiré la mano. Encontré viejos, oxidados bisturíes y tijeras de cirugía. Aferré esos

objetos providenciales. Tomé un bisturí en una mano, una tijera en la otra. Y me lancé sobre la rata que estaba a punto de liberarse.

No tuve piedad. Tampoco ellas la tendrían conmigo cuando me dieran caza, de eso estaba bien seguro. Caí sobre el roedor. Me miró con sus grandes ojos amarillentos, malignos y feroces. Arrugó su hocico, exhibió los dientes afilados...

Le clavé en ambos ojos los instrumentos. Brutalmente. Con rabia. Desgarré su córnea y su pupila. Se agitó, con un horrible chillido de agonía. Se quedó ciego. Y aproveché el momento para, con otros dos bisturíes, pegar doblemente en su peludo cuerpo, a la altura del corazón.

Unos momentos después, estaba muerta la rata gigante. Pero esto sólo era un leve respiro. Vendrían otras, sobre todo al olfatear sangre derramada. El hambre las guiaba con certero instinto siempre.

Me incorporé, jadeando. Tomé unas cuantas herramientas cortantes del armario abatido y salí del quirófano, lanzándome a la carrera por el interior del hospital. Había recordado algo, y quería comprobar si era cierto. Si aún había algo capaz de sobrevivir al caos sin precedentes, al fin del mundo.

Llegué a su planta inferior. Había allí cámaras frigoríficas para medicamentos, salas de hibernación y cosas así. Ahora no eran nada, sino oscuras naves abandonadas.. Pero yo recordaba que en todos los hospitales, a raíz de la época en que hubo la alarma de una posible guerra nuclear, se había hecho desde ese momento provisión de cápsulas de alimentos concentrados, provistos de una sustancia que impedía su descomposición, y dentro de unos recipientes herméticos, donde podían resistir infinitamente.

Pero nadie pensó entonces en que esos alimentos concentrados, podrían ser ingeridos un día por un hombre, miles de años más tarde, en un Nueva York convertido en gran fósil estremecedor.

De modo que cabía la posibilidad inquietante de que tampoco esa esperanza me resultara bien.

Encontré el compartimiento especial, instalado en todos los hospitales y centros de asistencia. Seguía hermético, sellado. Nadie lo había tocado, porque nadie quedó para ello.

Mis manos temblaron ligeramente al romper los precintos, con el emblema del Gobierno de los Estados Unidos, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación, la FAO, y el propio sello de la ONU.

Ahora, todo eso representaba poco o nada. Eran remotos recuerdos, cosas sin sentido. Países, emblemas, organizaciones internacionales... Todo era como Nueva York: un milenario montón de ruinas.

Allí estaban los alimentos. Ordenadamente dispuestos en bolsas

especiales herméticas. El aire no había penetrado jamás. Ni nada del exterior. Las cápsulas y las provisiones concentradas, formaban una auténtica despensa para años. Pero ahora ya estaba abierto el recipiente. Su duración sería limitada.

Llené mis bolsillos de alimentos concentrados. Ingerí unas cuantas bolsas ávidamente y me sentí mejor. Ahora ya podía intentar algo. Las fuerzas volvían a mí.

Regresé a la planta. Allí abajo hacía demasiada humedad, demasiado frío. Todo estaba helado. El sol, tras aquel palio de nubarrones, apenas si calentaba ya... La vida se iba enfriando. Sólo Dios sabía qué cataclismo terrestre provocó la presencia de aquel cúmulo de densas nubes, que ahora se interponían entre la Tierra y la luz solar, helando al mundo dormido y vacío.

Cuando me hallé arriba, supe que había llegado el fin.

Las ratas habían olfateado a la compañera muerta en el quirófano. Estaban entrando por doquier. Vi masas grises, velludas y repugnantes, pugnando por subir al mismo tiempo por ventanas y por escaleras rotas, cuyos peldaños colgaban en ruina al vacío.

Me vieron. No podía ser por menos. Me vieron o me olfatearon. Mientras tropeles de aquellos repugnantes-monstruos se encaminaban al quirófano para devorar al semejante sin vida, las demás viraron en redondo y corrieron hacia mí.

Yo emprendí carrera. Disparé dos bisturíes hacia atrás. Uno falló. El otro, frenó a otra rata, al herirla en la boca. Pero todo eso era poco consuelo para mí. Se terminaban mis recursos. Caerían sobre mí en breves segundos.

Alcancé una ventana, asomada a montículos de ruinas y piedras. Salí del hospital, intenté alcanzar la calle, junto al río... Si pudiera tener algo para flotar, me lanzaría al río. Posiblemente las ratas no se decidieran a seguirme.

Era inútil. Las ratas habían previsto esa maniobra. Un grupo de ellas me cerraba el paso al río. Miré atrás. Las demás ya venían sobre mí, a saltitos.

Juré entre dientes. Ni siquiera sabía lo que había sucedido, ni por qué estaba allí ni qué pudo suceder después del caos, en un pasado tan remoto. Sólo que ahora, en este momento, todo me pareció absurdo e inútil. No valía la pena haber sobrevivido, haber dado aquel salto inverosímil en el Tiempo, para ir a morir ahora abyectamente, devorado por las fauces de un tropel de ratas, gigantescas como seres humanos.

Quise luchar, pese a todo. Caí al tropezar. Las ratas chillaron, felices. Me vieron tirar el último bisturí, buscar desesperadamente un arma que no poseía. Luego, se arrojaron sobre mí.

Caí a tierra, sentí su aliento repugnante, su proximidad hedionda.

Sus patas me pisotearon, sus bocas buscaron mi cara para hincar los dientes...

Cerré los ojos, con más asco que terror. Ahora sí que no había remedio posible. La lucha había terminado.

Ahora, iba a morir despedazado por las ratas.

Sus colmillos se hincaron ferozmente en mi cuerpo. Comenzó el festín...

CAPITULO III

Abrí los ojos.

Estaba en la misma posición. Tendido en el suelo.

Pero, ¿qué sucedía a mi alrededor? ¿Dónde estaban las malditas ratas? ¿Dónde las ruinas de Nueva York?

No quedaba nada de todo eso. Era increíble, pero así sucedía. Una vez más, el prodigio inexplicable. Una vez más, la sorpresa. Siempre en el umbral de la muerte... el tránsito a otro lugar.

Y la soledad. Y el silencio.

Sólo que ahora había luz. Me incorporé. Me senté en el suelo, terso y suave. Miré a mi alrededor.

Era una vasta nave circular. Una sala inmensa, luminosa, sin muebles ni aberturas. Los muros, eran un anillo vidrioso de luz. En medio estaba yo. .Tendido sobre un suelo esponjoso y cómodo.

Aquello no tenía sentido. ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

—Me pregunto si tendré tantas vidas como los gatos —refunfuñé, perplejo—. Cada vez que muero, vuelvo a vivir en otra forma... ¿Será cierta la reencarnación de aquéllos que mueren?

Me miré, sin embargo, las ropas. Su aspecto hacía dudar de tal teoría. Seguía llevando mis ropas hecha; jirones. Como si llevaran mucho tiempo en mi cuerpo

Tiempo...

Pensar en el tiempo me trastornaba. No podía olvida: que estuve junto a Stella al morir el mundo, en el año 2178 de la Era Cristiana. Y que muchos siglos después, estuve entre las ruinas de Nueva York, luchando contra ratas gigantescas y buscando comida.

—¡Comida! —mascullé. Me busqué en los bolsillos. No encontré nada. Ni una bolsa de alimentos concentrados, Sentí desaliento—. Debí imaginarlo... Todo fue imaginario, nada de cuanto me sucede es real... Pero, ¿dónde empieza la fantasía y dónde termina la realidad? ¿Por qué todo esto, Dios mío?

De algún lugar me llegaron, flotando en el aire luminoso del recinto circular, una serie de musicales vibraciones, de sonidos melódicos, que parecieron revolotear sobre mí, con una dulce sensación confortante.

Pero hubo algo más sorprendente aún. Cuando yo capté esos sonidos musicales, supe que eran algo más que pura melodía. Estuve seguro de que eran palabras, ideas, expresiones que llegaban a mí...

Pero, ¿de dónde y de quién?

Otra vez las vibraciones melodiosas. Ahora, asombrado, estupefacto, las pude traducir. En mi mente entraron como sonidos

concretos, precisos, inteligibles para mí. Como si la música, al penetrar en mis oídos, cambiara en sonidos idiomáticos, rumbo a mi cerebro.

Y entendí. Supe que alguien me decía:

—No, no todo es imaginado. Aunque la imaginación v la realidad se confundan a veces...

—¿Eh? ¿Qué? —casi grité, mirando en torno mío—. ¿Quién habla?

Las melódicas vibraciones tintinearon sobre mí, florando apacibles en el aire. Eran una respuesta serena y reposada:

—A su debido tiempo lo sabrá. Ahora está aquí, en lugar seguro. Lejos de los peligros que ha vivido.

—¿Usted..., ustedes saben...?

—Sabemos todo —dijo la voz musical, comprensible para su mente—. Quizá nos tache de crueles por haber jugado un poco con usted y con sus humanas reacciones, pero nos era absolutamente preciso, créanos...

—¿Humanas reacciones, dijo? —me inquieté. Miré en torno, tratando en vano de saber de dónde llegaban aquellos sonidos musicales que yo entendía tan bien, siquiera fuese mentalmente—. ¿Es que ustedes no... no son humanos?

—No —fue la respuesta—. No lo somos.

—¿Quiénes son? —me exasperé—. ¿Qué son exactamente?

—Ya le dije que, a su tiempo, lo sabrá. Conviene que primero esté preparado. Somos distintas formas de vida usted y yo. Sólo una fantástica coincidencia ha permitido que nuestras vidas se cruzaran, puede creerlo.

—No me cuesta creer lo que sea. Después de cuanto he vivido, después de morir dos veces...

—No. No ha muerto dos veces. La prueba es que sigue vivo.

—Pero el gas bacteriológico, las ratas...

—Todo tiene su explicación, créame. Debe serenarse Repose. Esté tranquilo. No somos enemigos suyos. Ni de nadie. Quiero ayudarle, eso es todo.

—¿Ayudarme? —dudé, receloso aún—. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Por egoísmo, cuando menos —respondió el lenguaje musical—. Porque después, usted nos ayudará a nosotros...

*

Ayudarles. Ayudarles a ellos.

Eso no tenía mucho sentido. Ni siquiera sabía qué o quiénes eran ellos. Pero parecían muy por encima de mí para tener que solicitar mi

ayuda, mi pobre ayuda de simple humanoide, de un vulgar hombrecillo, perdido en sólo Dios sabía dónde…

Medité la respuesta musical, llegada a mi mente en forma de vibraciones apacibles, armoniosas, que no dañaban el cerebro, y que más bien parecían inundarlo de una sensación de reposo y de dulzura.

—Ayudarles… —repetí—. ¿En qué?

—Es largo de contar. Es la historia de nuestra propia existencia. Su mente tal vez no esté preparada para ciertas cosas. Vale más que, poco a poco, vaya entrando en nuestro propio mundo, en nuestro modo de ser y de sentir.

—Dijeron…, dijeron antes que no son humanos…

—Eso es. Y dijimos la verdad.

—Me gustaría saber cómo son.

—Lo sabrá a su debido tiempo.

—Tiempo… —repetí la palabra, con un estremecimiento. Había llegado a atormentarme, a ser motivo de intensa preocupación para mí. Quise saber—: ¿Qué es exactamente el Tiempo para mí, en estos momentos?

La respuesta musical tardó un poco esta vez. Como si mi demanda hubiera hecho vacilar incluso a aquellas mentes —o lo que fuesen—, tan poderosas en sus vibraciones mentales, melódicas y vibrátiles.

Luego, me llegó algo poco claro:

—Lo que el Tiempo ha sido siempre para todas las criaturas, las cosas y las formas de vida. Eso es para usted, Bowman.

—Saben mi nombre…

—Sabemos todo de usted.

—¿Todo?

—Absolutamente todo. Recuerde que está recibiendo ondas mentales en una determinada frecuencia que usted definiría como «musical». Eso significa que nuestra mente está en contacto con la suya. Del mismo modo, nuestra memoria capta la suya. Sabemos su pasado, su historia, su vida. Sabemos que se llama Bowman. Y sabemos todo lo demás.

—Todo lo demás… —suspiré—. ¿Qué fue lo demás? Ni siquiera yo he llegado a entenderlo. Sé que tuve que morir. Pero resucité. En otro tiempo, en otro momento, alejado siglos enteros de mi propio tiempo… ¿Por qué todo eso? ¿Qué ha sucedido exactamente? ¿Por qué me encuentro ahora aquí?

—Es muy obstinado en su afán de saber.

—Sí, mucho. Me ocurrió siempre. Quiero entender aquello que está oscuro, quiero conocer lo que me es desconocido. Quizá por ello me hice astronauta.

—No se impaciente. Va a saberlo todo. Ahora, repose. Y aliméntese, reponga fuerzas…

—¿Alimentarme? ¿Dónde están los alimentos? —miré en torno, con avidez.

—No la clase de alimentos que usted entiende por tales —se me respondió—. Sepa que existen formas más avanzadas de inyectar en una forma de vida aquellos elementos que precisa para vitalizarse. En su caso, vitaminas, proteínas, hidratos, todo cuanto su forma vital necesita, le será introducido en el cuerpo mientras reposa. Cuando vuelva de su sueño, se encontrará mucho mejor. Y verá las cosas más claras. Entonces habrá llegado el momento de afrontar las realidades. Entonces usted sabrá, Entonces, Bowman…

Quise protestar, expresar mis impaciencias. Fue inútil. Aquellos seres, fuesen lo que fuesen, poseían una fuerza mental extraordinaria. Mi mente se adormeció. Fue como si hubiese ingerido un narcótico o estuviera respirando un gas letal.

Suave, lenta, dulcemente, balbuceé algo, mientras me dormía.

Y fue como ellos dijeron. Un sueño profundo y reparador. Al despertar de él, me sentía alimentado, vigoroso y descansado. Capaz de todo.

Capaz incluso de entender lo ininteligible, de afrontar '.o imposible, lo insólito, lo fantástico de mi vida actual…

O cuando menos, así lo pensaba yo.

*

Ya no estaba en la cámara circular, luminiscente.

Algo o alguien me había trasladado durante el sueño a otro lugar de aquel punto misterioso en que me encontraba, tras haber dado la impresión de morir por segunda vez, entre las ruinas de un Nueva York milenario, poblado sólo por horribles ratas gigantescas.

Este sitio era también luminiscente, pero de forma semicircular. Frente a mí había una especie de gran estrado luminoso, y yo estaba tendido en su centro. Me senté sobre una superficie blanda, esponjosa y confortable. Miré al estrado. Estaba vacío. Nadie aparecía en él. Nadie tampoco en derredor mío. Continuaba estando solo.

—No —dijo una voz—. No está solo, Bowman.

Una voz.

Pegué un respingo. Extraño sonido para mí, en aquel mundo de vibraciones musicales. Una voz humana. Melodiosa también, dulce y suave como música. Pero una voz humana, a fin de cuentas. Una voz… de mujer.

Allá, en el centro del estrado, se había movido algo. Como un destello de luz. Flotó sobre el estrado un instante, centelleó, y fue adquiriendo forma. Una forma tenue, difusa. La forma de un cuerpo humano envuelto en algo plateado que, más que ropa, parecía una

segunda piel, una malla deslumbrante, ciñendo unas formas esculturales de mujer. Era como si no llevase nada encima. Un cuerpo desnudo, pero en plata. Es lo que parecía. Y plateado era también su cabello. El rostro, luminiscente, apenas me resultaba visible. Pero paulatinamente, fue tomando forma, se hizo opaco. Vi un óvalo perfecto, suave, pálido, terso. Unos ojos verde intenso, una boca bien dibujada...

Una mujer bellísima. Increíblemente hermosa. Sacudí la cabeza, perplejo.

—Creí que no eran humanos,,, —murmuré,

—Y no lo somos —sonrió ella, dulcemente—. Está viendo sólo lo que su mente entiende y puede ver, Una imagen idealizada de la única forma inteligente de vida que ha conocido.

—¿Quiere decir que... que ese cuerpo, ese rostro suyo...?

—Es una impresión tan sólo. Una apariencia humana. Somos mulantes, pero sólo porque su cerebro necesita adaptarse a cosas que comprenda.

—Pero..., pero es mujer...

—¿Mujer? Oh, entiendo. Se refiere a la diferenciación de sexos... Bueno, nuestro proceso biológico es más complicado que todo eso, y no abarca solamente dos formas de sexo en los seres vivientes. Sólo que sería un tema complejo y difícil para usted. Vale más que dejemos de discutirlo. Además, lo que cuenta es que usted esté más cerca de nosotros, para comprender nuestros problemas.

—Resulta una mujer muy hermosa, de todos modos.

—Gracias —sonrió, irónica, la fantástica dama plateada—. Me he limitado a adoptar el rostro y la figura que usted considera hermosa, allá en su cerebro. Todo cuanto hacemos para resultarle familiares e inteligibles, es aquello que su mente nos facilita, Bowman, no lo olvide.

—No lo olvidaré. Pero son tantas novedades, y tan increíbles todas, para una pobre mente humana como la mía, tan limitada en sus recursos... De cualquier modo, trataré de irme haciendo a la idea. ¿Vamos a hablar solos los dos?

—No. Faltan otras personas aquí. Me refiero a mis compañeros como «personas», aunque no lo sean, por la misma razón. Los va a ver tal como imaginaría usted que pueden ser ellos en su mundo.

—Mi mundo... ¿Es que no estoy ya en mi mundo, siquiera?

—No, Bowman —replicó una voz pausada, mientras otra luz centelleaba, junto a la mujer plateada, y empezaba a tomar forma un cuerpo, un rostro—. No está en su mundo. En realidad, amigo mío, usted jamás regresó a su mundo con la nave "Victory III"...

CAPITULO IV

Fue un prolongado silencio, mientras dos formas humanas se siluetaban, entre luminiscencias, flanqueando a la hermosa plateada. Dos hombres, o a mí me lo parecieron, cuando menos, que era lo importante. Dos hombres, de edad avanzada uno de ellos, con largos cabellos, frondosa barba, expresión venerable. Alto, joven y fornido el otro, con el cráneo sin cabello, rapado y terso, con las facciones duras, viriles, y los helados ojos azules, fijos en mí, con arrogancia.

El silencio más profundo y terrible que yo podía recordar, salvo aquel otro mortal, alucinante, en las calles destruidas de un Nueva York extinguido hacía siglos.

—No..., no entiendo —murmuré—. ¿Dijo usted que... yo nunca regresé a la Tierra?

—Exactamente, Bowman. Nunca regresó.

—Pero..., ¡pero eso no tiene sentido! —rechacé, airado—. ¡Mi esposa Stella me aguardaba! ¡Mis dos hijos, mi vida habitual! ¡Mi hogar, mi calle, mis cosas! Y luego..., luego la horrible muerte por armas bacteriológicas... El fin del mundo. Y luego...

—Y luego, ¿qué más, Bowman? —sonrió, pensativo, el hombre de cráneo rapado.

—No..., no sé —musité, sacudiendo la cabeza. Incliné los ojos al suelo—. No sé... Luego me vi en un mundo desolado, yerto... Vi Nueva York, convertido en ruinas, sus calles cubiertas de cascotes, sus edificios abatidos, la muerte planeando sobre toda su extensión. Vi ratas gigantescas que me atacaron... Dios mío, ¿es que he enloquecido acaso?

—No —negó ella, la dama plateada—. Usted no ha enloquecido. Usted, realmente, ha visto todo eso, lo ha vivido... Usted estuvo en todos esos sitios, usted permaneció junto a Stella, su esposa, en el momento de morir...

—Pero..., pero entonces, ¿qué sucede? Acaban de decirme que no volví jamás. ¿Cómo entonces pude vivir todo ello? —grité, airado.

Se miraron los tres. Sacudieron la cabeza. Evidentemente, debía de ser muy torpe para ellos. O muy rebelde. Pero no se irritaron ni se disgustaron conmigo. Me miraron comprensivamente, casi compasivos.

—Bowman, es difícil de hacérselo entender, pero todo eso que vivió, lo ha vivido en nuestro planeta, no en el suyo.

—¿Cómo? —gemí.

—Lo imaginó y lo vivió, a la vez. Eran ilusiones mentales. Era cuanto usted deseaba hacer: regresar a la Tierra, reunirse con su

familia... Igual que Baxter o Ellison...

—¡Baxter! ¡Ellison! —grité—. ¡Cierto! ¡Ellos también viajaban en la cápsula, ellos regresaron conmigo... o corrieron mi misma suerte! ¿Dónde están?

—Calma, Bowman. Volverá a verlos. Existen, igual que usted.

—Dios sea loado...

—Existen, pero en otro lugar en el Tiempo.

—¿Otro lugar... en el Tiempo? —vaciló mi razón.

—Eso es. Recuerde que su existencia ahora es diferente. Algo se ha alterado profundamente en ella, y eso no es ya obra nuestra. Ustedes tuvieron una avería, más allá del Cinturón Van Allen de asteroides...

—Cierto. Pero la reparamos, todo volvió a la normalidad...

—Eso es lo que creyeron. Nunca volvió a la normalidad. Lo cierto es que su nave se desvió de iodo rumbo. Y sucedió algo más, incluso. Rompieron sus leyes naturales, y saltaron en el Tiempo y el Espacio. Así llegaron a nuestro planeta.

—¿Qué..., qué planeta?

—Aquel en que se encuentra. Este, Bowman.

—Pero..., ¡pero yo vi la Tierra, su forma azul, familiar! —grité.

—Vio lo que su mente quería ver. Ahí sí influimos nosotros. Le proporcionamos todo lo que quería. A usted y a sus amigos. Sus mentes nos explicaron cómo era su mundo, y en qué consistía su vida habitual. Creamos un duplicado de su planeta, a su imagen y semejanza.

—¡Un duplicado! ¿Ustedes pueden hacer semejante cosa? —me horroricé.

-—Podemos hacer muchas cosas, Bowman. El cerebro es la clave. No sabríamos crear algo que desconocemos, pero sí lo que nos es transmitido. La ilusión fue completa. Ustedes estaban en la Tierra. Creían estar en ella. Creían vivir con sus familiares, en su ambiente cotidiano.

—Pero eso... es imposible —gemí.

—Nada hay imposible cuando es la mente y los sentidos de un ser humano, como usted, quien imagina las cosas y las cree ver como quisiera que fuesen. Sólo basta que algo o alguien le conceda esa ilusión, materializada con apariencia de realidad.

—Entonces Stella..., mis hijos...

—No estuvo nunca junto a ellos. Sólo lo imaginó. Lo vivió intensamente, pero era su cerebro el que le hacía vivir esa ilusión.

—Es..., es horrible... Nunca vi a Stella...

—Nunca. Desde que abandonó la Tierra en su misión espacial, Bowman, no ha vuelto a estar a su lado.

—Y..., ¿y el fin del mundo, la guerra bacteriológica, la muerte de Stella, mi propia muerte...? —indagué, exasperado—. ¡Todo era

mentira también! ¡No es justo, no debieron hacerlo...!

Me había incorporado, agitado, extendiendo mis brazos en ademán rabioso, imperativo, de vivo reproche. Se limitaron a contemplarme, pasivamente, con una sonrisa triste, como de magnanimidad con mi ignorancia.

—Cálmese, Bowman —me pidió ella—. Realmente, no ha entendido bien lo que se le dijo. Le repetimos que nosotros no podemos crear cosas que ignoremos. Nos limitamos a copiarlas, tal y como llegan a nuestro poder mental. Lo que hicimos, fue presentarle a su esposa y sus hijos, tal como ellos eran. Pero también, al presentarle su mundo, lo hemos hecho tal y como recibimos sus imágenes, exactamente. Es decir, hubo, realmente, un fin del mundo, hace muchos siglos de este momento. Un fin total, absoluto. Y en ese final, estuvieron ustedes dos: Stella, usted..., los niños. Los demás...

—Cielos. ¿Quieren decir que... realmente fueron todos tan locos, tan estúpidos... como, para matarse entre sí?

—Parece ser que el hombre no es demasiado inteligente en ese terreno, Bowman. Así ocurrió. Sólo que Stella no le tenía a usted a su lado cuando llegó ese momento. Aunque nosotros, simultáneamente, transmitimos a la Tierra su imagen, sus sentimientos, su voz, su existencia física. Es posible que, a fin de cuentas, ella creyera morir a su lado, como usted murió al de ella.

—Dios, qué complejo poder el suyo y qué extraño modo de aplicarlo... ¿No hubiera sido mejor y más humano... enviarme realmente a la Tierra?

—Tal vez. Pero eso, a nosotros, nos está vedado. Podemos transmitir imágenes mentales, tenemos poder telepático, pero ahí termina todo. No podemos trasladar formas o seres a través del Espacio y del Tiempo, Bowman.

—Empiezo a comprender. Pueden hacerle a uno sentir, vivir algo, tal y como desearía vivirlo..., pero sin que realmente ese hecho sea material, sino solamente imaginado. Un simple juego cerebral. Casi ilusionismo puro.

—Así lo definiría uno de sus semejantes, Bowman —sonrió el hombre venerable, de cabellos blancos— Y así es.

—De modo que... no puedo volver a la Tierra. Nunca...

—Me temo que no. Está en este planeta. En nuestro mundo. Y aquí debe hacerse a la idea de que está su futuro, su vida toda, Bowman...

Medité. Luego, hice una pregunta:

—¿Y... Nueva York destruido? ¿Y las ratas gigantescas...?

—Eso sucedió. Está sucediendo. Como todo lo demás... Muchos siglos después de morir ustedes, los habitantes del planeta Tierra, ésa era la apariencia de su mundo, de sus ciudades. Así llegó a estar todo con el tiempo. Ese es el presente. Nuestro presente, ¿entiende? Este

momento, en nuestro planeta, coincide con el año cuatro mil, aproximadamente, de su planeta. Y ahora, en este instante... las ratas gigantes recorren las calles sin vida de la que fue una soberbia ciudad hace siglos. ¿Eso aclara sus dudas?

—¿Por qué tuve que estar allí, ver ese horror.,;? —gemí.

—Porque después de vivir casi físicamente su muerte bajo la nube letal, junto a Stella, que era una imagen lejana, remota, allá en el pasado de la Tierra, del que ustedes tres tan lejos estaban ya, a causa de esa alteración, de las leyes naturales, a bordo de su nave, lo que hizo fue dormir, regresar a su presente, pero siempre viviéndolo en el mundo propio, al menos mentalmente. Nos dimos cuenta de que eso era peligroso para su organismo, para su cerebro y sensibilidad, y le trajimos rápidamente a nuestro propio mundo, al comprender que no podía serle muy grato permanecer en semejante lugar, ni tan siquiera de modo puramente imaginado.

—Y ahora...

—Ahora está con nosotros, los rectores de este mundo adonde le trajo su destino, cuando su nave salió de rumbo, y sufrió los efectos de una distorsión en el Espacio-Tiempo, saltando a otros sistemas solares, a otros tiempos, tras correr el riesgo de quedar destruida, con ustedes tres a bordo.

—¿Ustedes rigen este planeta?

—Sí. Somos su Consejo de Gobierno.

—¿Sólo tres seres rigen un mundo?

—No hacen falta más —sonrió ella—. Recuerde, por otro lado, que las cosas no son como las ve. Nosotros somos diferentes. Muy diferentes.

—¿Qué son exactamente?

—Dimensionalmente, muy diferentes a los humanos. Podría decirse que somos pura energía, fluido, magnetismo o poder mental. Nuestra estructura es complicada de referir. No vale la pena, aturdirle con ello. Imagínenos así, tal como nos ve. Puede incluso palparnos, vea... Acérquese, Bowman.

Me aproximé al estrado, paso a paso. Insignificante, pequeño, como aniquilado por la colosal estructura de aquellas formas de vida, capaces de todo.

Extendí mi brazo. Rocé los cabellos plateados de ella... Fueron como seda, como hilos de plata suave, entre mis dedos. Seguí deslizando mis dedos. Rocé la mejilla, el suave rostro de la hermosa dama...

—Cielos. Es tangible —musité—. Como si realmente estuviera hecha así...

—Ya se lo dije —el hombre de venerables cabellos blancos me puso una mano encima del brazo. Me oprimió firmemente, ante mi

sorpresa—. Puede tocarnos. Y podemos tocarle. La ilusión es completa. Recuerde que todos sus sentidos corporales están afectados por nuestro poder mental, de modo que cuanto imagina, lo viva en realidad.

—Voy comprendiendo. Es..., es fantástico.

—Forma parte de nuestro poder. Sin embargo, no todo lo podemos lograr. Ni mucho menos. Hay cosas que nos están vedadas. Desgraciadamente vedadas, Bowman. Y en eso estriba nuestra tragedia.

—No lo comprendo. Si son capaces de todo, o casi de todo, ¿qué problemas pueden tener?

—Ninguna criatura del Universo deja de tener problemas —sentenció el joven de cráneo rapado—. Y, naturalmente, los nuestros son tremendamente complejos, a causa también de nuestra propia grandeza mental. Ya puede imaginarse la clase de adversidades que deben ser, para preocuparnos y dominar nuestros actos, nuestros pensamientos...

—Antes dijeron algo absurdo. Mencionaron que yo..., que yo podía...

—Ayudarnos —afirmó ella—. Sí. Eso dijimos. Y era la pura verdad, Bowman. Le ayudaremos en cuanto precise, para que encuentre su modo de vida en nuestro planeta. Pero a cambio de ello, usted debe ayudarnos a nosotros.

—Infortunado de mí, ¿ayudarles yo? —reí con gana de esa idea—. ¿Qué puede hacer un simple ser humano, ante seres tan superiores como todos ustedes?

—Quizá salvar nuestra existencia. Y la de nuestro planeta —dijo con inusitada gravedad el venerable anciano de barba blanca.

Y, ciertamente, parecía muy convencido de lo que -decía, aunque a mí me pareciese un enorme disparate.

*

Vastos salones, luminiscencias deslumbrantes, suelos tersos y brillantes, como espejos donde se reflejaban nuestras figuras...

Me vi en ellos y contemplé, admirativo, aquella escultural forma física de la dama plateada. Sacudí la cabeza.

—Me cuesta pensar que nada de esto exista... —dije.

—Ha sido creado para usted. Así se siente en un lugar que le resulta familiar. Nuestros modos de vida, nuestros alojamientos y recintos, son demasiado insólitos para una mente humana.

—¿No les cuesta trabajo crear tanta cosa irreal?

—En absoluto —sonrió ella—. Es como si ustedes dibujasen o fotografiasen algo. Simple labor rutinaria. Nuestro poder mental no

sufre por ello.

Ella caminaba junto a mí, como mi anfitriona. Ciertamente, había copiado muy bien las formas de una mujer seductora, desde las redondeadas caderas hasta los senos enhiestos, las nalgas bien dibujadas y las largas y esbeltas piernas. Parecía increíble que una mujer así no existiese, y sí sólo fuese producto de una creación mental, en honor mío.

Yo sabía, sin embargo, que podía tocar aquel rostro, aquel cuerpo. Y que para su concepto de la convivencia entre criaturas, no tendría nada de reprochable rodearla con mis brazos, besarla, hacerle el amor... No. Ella no se inmutaría por eso, porque estaría sirviendo, sencillamente, de expansión a mis sentidos físicos, pero nada más.

Me contuve. Quizá era, en parte, el recuerdo de Stella. Quizá, también, la rara aprensión que producía en mí recordar que ella no era como aparecía ante mis ojos, y que todo aquello eran simples ilusiones ópticas, auditivas e incluso de tacto. Ella, en suma, no existía. Era pura energía, fluido, luz o cualquier otra cosa, pero no una mujer. No una mujer tan impresionante como la que ahora llevaba a mi lado, rozándome a veces con sus curvas, indiferente ella a todo, por supuesto.

La vi sonreír maliciosamente de pronto. Me miró de soslayo. Se detuvo.

—Sé lo que está pensando —dijo.

—Lo siento —murmuré—. Olvidé su poder telepático...

—No se disculpe, Bowman. Sus instintos de varón de su especie no me afectan. Es más: puede besarme. Vamos, hágalo. Esté seguro de que sabré responder a su beso como lo haría una mujer de su mundo. Mi mente capta sus ideas, lo que usted espera y desea de una mujer. Adelante, no dude.

—Cielos, no —rechacé.

Ella se echó a reír. Sacudió su plateada cabeza.

—¿Olvida que soy solamente una ilusión para usted? —me recordó—. Vamos, no sea tonto. Si realmente desea amarme, hágalo. Para nuestro modo de entender la vida y su línea biológica, los sentimientos y acciones de los humanos no tienen la menor significación.

—Me pregunto si será cómo besar y abrazar un maniquí o un hermoso robot... —musité.

—¿Por qué no prueba? —me desafió.

Y probé. Tenía que hacerlo. No sólo porque ella me atraía con su físico, por muy ilusorio que fuese todo eso, sino porque me había formulado a mí mismo una interrogante: ¿era posible que aquellos seres de excepción, fuesen capaces de imitar incluso las pasiones de los humanos, a las que tan ajenos eran sin duda?

Debo confesar que encontré la respuesta a mi pregunta. La dama plateada supo captar muy bien lo que era una mujer en la Tierra. Lo que era besar unos labios, rodear un cuerpo deseable con brazos firmes… Lo que era amar, intensamente y en toda su significación vital.

Ella fue una perfecta copia de la mujer,

Tan perfecta, que casi olvidé por completo que estaba acariciando un cuerpo que no existía…

CAPITULO V

—¿Tienes algún nombre?

—¿Nombre? No, ninguno. No utilizamos nombres. Puedes llamarme como gustes.

—Te llamaré... Eva.

—¿Eva? ¿Por qué así?

—Una vez, en el mundo, hubo una mujer llamada así. La primera de todas. Aquí, tú eres también la primera mujer. La única... Serás Eva, para mí.

—Si te gusta... —se encogió de hombros. Se incorporó, paseando junto a fuentes luminosas y grandes macetas de irisadas plantas exóticas. Costaba trabajo pensar que todo aquello formaba parte de una simple escenografía imaginaria. Que nada de ello existía físicamente—. Bowman, quería preguntarte algo.

—Hazlo, Eva —la miré, recorriendo con mis ojos sus curvas perfectas. Yo bien sabía lo perfectas que eran. Como-si las hubiera modelado la madre Naturaleza, y no su propio poder de mutante.

—¿Sientes realmente algo por mí?

—Me atraes.

—¿Físicamente, Bowman? ¿Te atraigo como mujer?

—Sí. Me atraes como mujer. Mucho.

—¡Ni siquiera existo como tal!

—Lo sé. Sin embargo, ya ves cómo somos los humanos. Es lo que vemos y palpamos, aquello que nos seduce. No escuchamos la razón.

—Es una situación singular —comentó ella—. He conocido el amor de un terrestre, de un hombre de diferente forma de vida. Te he comprendido y he comprendido tus pasiones. Pero yo, aunque en mi propia biología puede decirse que equivalgo al factor femenino, no amo ni siento pasión alguna en mi modo de existir y de pensar.

—¿El amor no existe en vosotros?

—No. Ni amor ni odio. Nada. Formamos una sociedad unida, eso es todo. Estudiamos muchas formas de vida. Créeme, la tuya es, quizá, la más fascinante de todas... Tan extraña, tan diferente a la nuestra...

—Lo cierto es que tampoco yo veo muy claro todo esto —suspiré lentamente—, Pero quiero pensar que eres sólo lo que veo: una mujer. Una hermosa, cautivadora mujercita...

—¿Has olvidado ya a Stella? —me preguntó de repente.

—No —negué, frunciendo el ceño. Suspiré—. Stella... Dios mío, Eva. Eso es diferente.

—¿Diferente? Es una mujer también, ¿no?

—Sí. Mi mujer. Eso es lo que cambia las cosas. La madre de mis hijos…

—Biológicamente, la reproducción de tu especie, ¿no?

—Bueno, visto como tú ves esas cosas, sí. Pero es mucho más. Es el ser amado, la mujer que representa el hogar, el cariño, la ternura…

—¿Y aun así puedes amar a otra mujer al mismo tiempo? Como a mí, por ejemplo…

—Es otra cosa. Existe otro sentimiento menos puro, Eva. Somos así por instinto. Pero no olvidamos ni dejamos de amar a la propia esposa.

—Rara especie la vuestra… —meditó Eva, pensativa. Se detuvo en su paseo, frente a mí. Me sonrió luego—. Vamos ya. Debes reunirte con ellos, con mis compañeros. Te han de mostrar algo.

—Oh, cierto. ¿Siguen pensando que yo… puedo ayudaros en alguna cosa, Eva?

—De eso, los tres estamos seguros. Suponiendo que aún haya tiempo.

—Tiempo, ¿de qué?

—De detenerlos —sus ojos verdes centellearon, inquietos.

—Detener…, ¿a quién? —susurré.

—A los enemigos. A los que quieren destruir nuestra forma de vida, nuestra cultura, nuestro poder. A los que convertirán este planeta en un mundo tan desdichado y ruinoso como lo es el tuyo en estos momentos…

—¿Tan poderoso es ese enemigo, Eva?

—Terriblemente poderoso.

—¿Superior a vosotros?

—Sí. Superior.

—¡Cielos! —me horroricé—. ¿Y esperas que yo, pobre de mí, pueda hacer algo contra esa clase de enemigo?

—Eres el único que puede hacerlo, estoy segura.

—Pero, ¿por qué, Eva? ¿Por qué yo?

Me miró largamente. Respiró hondo.

—Porque eres como ellos. Porque posees una forma física, una envoltura material. Sólo que no puedes combatir su enorme poder mental. Para eso estamos nosotros, Bowman. Tú serás tan sólo el vehículo de nuestro poder… si aún es tiempo, repito.

—Me intrigas terriblemente, Eva.

—Ven y dejarás de sentirte intrigado. Necesitas saber cuanto antes qué clase de enemigo es el que…

Se detuvo. Giró la cabeza. Algo, una aguda vibración musical, sonó prolongadamente en el aire quieto y sereno de aquel idílico lugar preparado por la mente de ellos en mi honor.

Se transfiguró Eva. La vi repentinamente asustada, pálida,

inquieta. Como si fuese realmente un ser humano.

Luego, la luz irisada del palacio se hizo rojiza. Y ella dijo, con voz trémula:

—Lo siento, Bowman. Creo que ya es tarde.

—¿Tarde? —repetí, alarmado.

—Sí. Ellos ya están ahí. Han venido a destruirnos… ¡y tú eres ya nuestra única esperanza!

*

La única esperanza. Era yo.

Yo…

Me sentí aturdido, lanzado a una vorágine de terror y de angustia. Aquella gente que parecía dominar todo como seres auténticamente superiores, confiaban para salvarse de un destino terrible, simplemente en mí, en un vulgar ser humano, muy inferior a ellos.

Eso no tenía sentido, pero Eva parecía muy convencida de su afirmación. Me tomó por una mano y, desesperadamente, corrimos por los interminables corredores y salas, teñidas ahora por aquella claridad rojiza, que evidentemente era una señal de alarma para todos nosotros, como lo había sido el prolongado sonido musical anterior.

Eva estaba más asustada que yo, era evidente. Por tanto, aquellos seres fuesen como fueren en su estructura y en sus sentimientos, tenían con nosotros un factor común, cuando menos: el miedo. Y eso era confortante. Cuando entes tan superiores, eran capaces de asustarse, de temer algo y revelarlo así, uno se sentía menos imperfecto, menos inferior a todos ellos. Y, quizá por eso, más cerca de su modo de ser y de sentir, más próximo a sus problemas y preocupaciones.

—Pero Eva, quisiera saber qué clase de enemigo es, cómo son ellos… —argumenté, durante el trayecto.

—Lo sabrás en seguida, por desgracia —sonó la voz de ella gravemente—. En seguida, Bowman, vas a conocer a tu adversario.

Parecía, ciertamente, que iba a ser así, a juzgar por sus prisas. El enfrentamiento a algo, era cuestión de instantes. Yo lo sabía. Me estaba dando cuenta perfecta de ello. Muy pronto iba a encararme a lo que ellos tanto temían. Fuese ello lo que fuere, parecía desprenderse que existía algo en común entre ese enemigo y yo: nuestra forma material, nuestra apariencia física. Cuando menos, eran «algo» tangible, visible. ¿Qué podía ser?, me pregunté, intrigado profundamente.

Y lo peor es que no tenía respuesta. Ninguna respuesta…

Al menos, por el momento. Porque un instante después la tuve.

Fue cuando los vi a «ellos»…

Entonces comprendí su miedo. Su horror. Entonces comprendí que, ciertamente, no había esperanza, Y que habían cometido un error al confiar tanto en mí. Yo no podía salvarles de ese peligro.

Ni tampoco salvarme yo, desde luego.

*

Eran espantosos.

Su forma física, repugnante y odiosa. Al parecer, justamente la que correspondía a semejantes criaturas, y a su tremendo afán destructor.

Estaban ya allí. Miraban en torno, como sorprendidos de «ver» lo mismo que yo veía, en un mundo donde no existían las formas ni los objetos convencionales en tres dimensiones.

Me miraron también a mí. Yo les miré a ellos.

En el acto, ambos supimos que éramos enemigos mortales.

Y del mismo modo, yo supe que ellos pensaban, que poseían una mente fría, lúcida y cruel tras aquella apariencia deforme, viscosa y repugnante.

Una mente que trataba de adivinar qué clase de ser era yo, y cuál mi posible capacidad como adversario.

No podía contemplar sin un escalofrío y una profunda sensación de náusea aquel cuerpo de «ellos», que convertía a los feroces roedores gigantes de Nueva York en el siglo XL en algo casi grato a la vista.

La masa amorfa, gelatinosa, como goteante, que palpitaba y se arrastraba por el suelo, con aquella coloración biliosa, tornasolada, como si su hálito de vida, su proceso biológico natural, diese cambiantes a la epidermis blanduzca y viscosa, era un ser vivo e inteligente. Y había docenas de ellos por doquier. Invadiéndolo todo, avanzando inexorablemente, Un hedor nauseabundo brotaba de sus cuerpos repulsivos. Una especie de mancha, en lo alto de su deforme masa, tenía un raro brillo opalino. Me estremecí. Estaba seguro de que era un ojo. O algo muy parecido, quizá una antena, una forma de captar a su alrededor las cosas. Era aquella mancha brillante, variable, la que me observaba con fijeza. Y supe que me veían. Que me analizaban, fría y malignamente.

Noté frío. Mis manos ateridas se negaban a actuar. Oí la voz de Eva en mi mente:

—También tú notas ese hálito helado que despiden esos seres... No podrás luchar entonces contra ellos...

—No puedo hacer nada —musité, jadeando—. No me responden los miembros. Mis brazos, mis piernas... Incluso la garganta está dificultada para hablar... Eva, ¿qué sucede?

—Nos han atacado. Invadido. Lograron romper los muros de

energía que nos aislaban. Era de temer. Su aspecto es repugnante, pero son muy listos. No les importa morir a cientos o a miles, si los demás siguen adelante y alcanzan su objetivo;

—¿Son muchos?

—Millones. Se reproducen masivamente. Destroza a uno de ellos y cada trozo suelto será en poco tiempo otro de ellos, en período de crecimiento.

—Resultan horribles... ¿De dónde llegan?

—De un planeta siempre oscuro, gélido, sin soles ni estrellas, en esta galaxia... Parece que actúen siempre como uno solo, tal es su orden, su capacidad de disciplina. Ni uno solo de ellos se mueve arbitrariamente. Lo que hace uno, lo hacen todos.

—¿No puedes captar su mente? ¿No lográis atacarles mentalmente? —indagué, contemplando aquellos horripilantes seres en movimiento, que surgían por todas partes.

—Lo hemos intentado. Su cerebro es poderoso, pero lo envuelve algo, una capa muy densa e impenetrable de materia, que lo aísla de nuestras raciones mentales... No, no hay nada que hacer en ese sentido. Absolutamente nada...

—¿Y esperáis que yo logre algo? —me quejé, estremeciéndome bajo el azote de aquel frío intolerable, sutil, aniquilador.

—Esperamos que les venzas, Bowman. Tenemos fe en ti. Algo nos dice que tú, pese a tu aparente debilidad, podrás terminar con ellos de alguna forma...

—Dios os escuche, Eva. Pero dudo mucho que ello sea así... Mira mis manos agarrotadas, mira mi piel amoratada, mis piernas rígidas... Apenas si puedo hablar o moverme...

Nos rodeaban ya los monstruosos seres. Eva trató de hacer algo, quizá desaparecer, irse a su propia dimensión de luz y energía.

No lo logró. Inesperadamente, cayeron sobre ella cuatro o cinco de aquellas masas gelatinosas. También sobre mí un grupo más. Sentí el frío hasta mi corazón. Y noté que aquella palpitante masa repulsiva, al contacto con mi cuerpo, despedía sacudidas eléctricas. Grité, agitado por aquellos trallazos de tensión eléctrica.

Caí bajo su peso nauseabundo. Oí gritar a Eva. Tuve miedo. Más por ella que por mí. Era raro que no pudiese salir de aquel cepo, alterando su aspecto, mutándose a su real forma de vida...

No lo entendía. Pero tampoco podía ocuparme de ella. El frío y los latigazos de electricidad en mi cuerpo fueron tales que perdí la noción de todo, bajo aquel peso repugnante, blando y pegajoso...

Quizá era la muerte. Quizá esta vez sí. No podía saberlo...

*

No. No era la muerte.

Pero quizá fuese peor. Infinitamente peor…

Al recuperar el sentido, mi cuerpo temblaba, estremecido. Mi piel tenía un color casi púrpura y mis dedos me dolían horriblemente. Alrededor mío todo era oscuridad, frío, silencio. Pero una oscuridad que no era total. El cielo tenía color plomo oscuro, con nubarrones extrañamente rojizos, densos y pesados. El campo, llano o lo que fuese aquello, parecía metal fundido y enfriado luego de nuevo, con goterones y charcos petrificados, color plomo sucio.

Era un lugar de pesadilla. Y en ese lugar estaban «ellos». Miles de «ellos». Acaso millones, en masas ingentes, palpitantes, asquerosas.

Yo, en medio de ese alud de monstruos. Yo solo. Abandonado de todo y de todos. Miré mis manos. No podía moverlas. Estudié mis brazos. Algo así como hilos de telaraña, pegajosos y tirantes, como goma blanda, sujetaban mis miembros. Era imposible quebrarlos. Se adherían a la piel, lo mismo que babosas. Despedían el mismo fétido olor de aquellos entes abominables y poderosos que me cercaban por doquier, en un hacinamiento alucinante.

—Dios mío… —susurré—. ¿Dónde estaré ahora, qué habrá sucedido con mis amigos mutantes? ¿Y con su mundo desconocido?

Los monstruos no me contestaron. Ni lo esperaba. Su silencio era mil veces peor que cualquier sonido que emitieran. Y hasta entonces no había percibido ninguno procedente de ellos, salvo el susurro desagradable que producían al arrastrarse.

Sobre mi cabeza, aquel cielo maldito, oscuro, tenebroso. Alrededor, aquella masa diabólica, gelatinosa, de matices tornasolados, entre rojizos y negruzcos. Y silencio. Mucho silencio. Tremendo, angustioso silencio…

—Vosotros, malditos y sucios entes… —mascullé—. ¿Qué diablos hacéis ahí? ¿Qué estáis esperando? ¿Cuál es mi suerte, hatajo de feos y repugnantes bichos?

Mis insultos eran inútiles. Nadie se inmutó ante ellos. Evidentemente, les tenía sin cuidado mi furia. Acaso ni siquiera sabían qué era enfurecerse. Aquella gente —o lo que fuese— despedía un hedor helado, como si carecieran de vida, de alma, de sensibilidad, de capacidad de reacción.

Sin embargo, cosa rara, yo sabía que me vigilaban. Me acechaban. Me estaban estudiando en su horrible silencio. En su quietud palpitante y fea.

Agité mis manos, ligadas por aquella especie de goma elástica, pegajosa, repulsiva. Era inútil. No podía moverme. No podía intentar cosa alguna. Solamente mirarles, esperar que hicieran algo. Algo que ellos en modo alguno hicieron, limitándose a mantener su sigiloso y frío cerco hostil, ominoso,

—Soy vuestro prisionero, lo sé —me agité en el suelo plomizo, con enfado—. Pero, ¿a qué esperáis? ¿Qué puedo hacer aquí, reducido a la impotencia? ¿Me entendéis acaso? No, espero que no. Sois demasiado estúpidos, demasiado torpes y grotescos para entender a nadie. No es como los otros, los mutantes... Ellos son puro cerebro, son energía y pensamiento, poder mental y psíquico. Vosotros sólo parecéis bestias, seres inferiores, repugnantes babosas, en un arrastre penoso sobre este mundo de pesadillas, donde la vida parece imposible...

Respiré hondo, agotado tras el esfuerzo por soltarles todo aquello con ira. Me sentí rabiosamente necio. No me hacían caso. No se inmutaban. No intentaban nada de nada. Se limitaban a vegetar, palpitando en una respiración pausada, un hálito de vida calmosa y tristona, como si fuesen tortugas o cachalotes.

Como si nada de todo aquello que me rodeaba fuese vivo. No, no lo era en apariencia. Pero yo sabía que I todos ellos respiraban, alentaban, vigilaban... Era una I horda peligrosa, sutil, maligna. Eva lo había dicho: el I peor de los enemigos.

—¿Cómo diablos hubiera podido yo...? —me detuve, irritado. Contemplé a la masa apacible y me encogí de j hombros—. No, nunca podré hacer nada con esa especie de «cosas», o lo que ellos sean...

Busqué algo con la mirada. A mis amigos, a los seres pura inteligencia, que habían logrado explicarme lo 1 insólito, lo fantástico de mi vida, desde el momento de la avería del Victory III, más allá del Cinturón Van Allen, hasta el momento inverosímil, alucinante, en que me vi en medio de un Nueva York en ruinas,, dantesco y aterrador.

No. No vi ni rastro de ninguno de ellos. No estaban por allí. No había nadie cerca, salvo la masa de gelatinosos seres deslizantes. Ellos y yo. Su frío maldito y mi pobre cuerpo ligado, aterido...

—Si al menos fuerais capaces de pensar, de hablar, de decir algo... —mascullé con enfado, pegando patadas en el suelo grisáceo.

Hubo otro silencio. Yo no podía esperar otra cosa. Pero después hubo algo más que silencio: hubo una voz grave, profunda, extraña, metálica, retumbante en mi bóveda craneana, como si tuviera el cerebro vacío: —Te equivocas, extraño. Somos capaces de pensar. De hablar. De decir algo. ¿De qué quieres que hablemos antes de que mueras?

Me volví, estremecido. Vi a quien me hablaba.

*

—¿Sorprendido?

—Sí —admití—. Un poco.

—Creías que no pensábamos, que no éramos capaces de hablar, de

entender. Como si fuésemos parásitos.

Asentí. Tenía razón. Aquella «cosa» blanda y fofa, color cárdeno palpitante, decía toda la verdad. Es lo que yo había pensado. Pero en cambio, tenía voz. Y suficiente inteligencia para conversar conmigo, con un ser de otro planeta y de otro sistema solar. Y de otra galaxia, incluso.

Tenía voz. Y cerebro. Y entendimiento. Pero era igual a todos. No había diferencias entre ellos. No había ninguna diferencia. Todos eran idénticos. Como morsas o pingüinos, perdidos en un islote de la lejana Tierra que yo conocí, donde yo viví, antes del caos global, definitivo...

—Ya veo que habláis y entendéis —dije, seco—. Pero me ha parecido oír algo más: hablaste de mi muerte.

—Sí —afirmó heladamente la voz extraña, llegando del fondo de aquellos blandos pliegues informes del cuerpo repugnante—. Tu muerte, extraño.

—¿Por qué debo morir?

Tardó en responderme. Cuando lo hizo, me recordó increíblemente las palabras de alguien: de una muchacha fantástica, inexistente, a quien yo llamé Eva. Una mujer de plateado cabello, de platinada malla sobre su cuerpo deseable...

—Porque si tú no murieses, extraño..., nosotros todos moriríamos por culpa tuya.

TERCERA PARTE

OTRO RETORNO

CAPITULO PRIMERO

Era un extraño altar de ejecuciones.

Un panorama dantesco más, dentro de un mundo de auténtica pesadilla. Bajo aquel cielo negro y cárdeno, la boca rocosa, de iluminación infernal, provocada por fuegos internos de aquel mundo caótico, de volcánico origen, rico en basalto, en piedras carbónicas, en lavas endurecidas, que parecían gotas de metal sobre una superficie rugosa y torva.

Al fondo, como horizonte, la dentada forma en perfil de peñascos, cimas, volcanes y cráteres ya extinguidos. Era como haber vuelto a los momentos agónicos de un período prehistórico, carente de monstruos propios de esas eras, pero con todo el alucinante panorama de una época antediluviana.

En pie, ligados mis brazos y manos por las telarañas gomosas y adherentes, contemplé aquel fantástico paraje donde yo era el único ser aparentemente normal del conjunto. Pero eso era relativo. Todo dependía del lugar: donde uno se encontraba. Y aquél era el reino de lo Desconocido, de lo Prohibido. Era la Región de los entes gelatinosos. El sitio donde alguien debía de ser ejecutado en los instantes siguientes.

Y ese alguien, era yo...

Ese alguien, no tenía además escapatoria posible. Y ni siquiera sabía aún cuál iba a ser la clase de muerte, la forma de ejecutarme, en aquella enorme plataforma, ante el agujero llameante de lo que podía ser la puerta misma del Averno.

Una puerta abierta para mí, esperando a engullirme para siempre, lejos de mi mundo, de mi gente, de mi tiempo, de todo lo que significó algo para mí, allá en un remoto, casi olvidado tiempo pretérito...

Me volví a «él». Al ser que hablaba. A quien escuché la voz entonces, la primera y la única voz, por ahora, de la masa gelatinosa.

—¿Y ahora...? —indagué.

—Ahora, debes morir. Es la ley.

—La ley, ¿de quién? —me interesé.

—La nuestra. La única válida ahora.

—Ya... ¿Y los mutantes?

—Vencidos. Todos.

—¿Muertos también?

—Dije vencidos, no muertos.

—¿Hay diferencia?

—Hay diferencia, sí. Ellos no pueden morir.

—Cielos... —suspiré—. ¿Son inmortales?

—Inmortales, sí. Son energía, fluido, fuerza, poder mental. Eso no muere. Se altera, se transforma. Pero no muere. No puede morir, entiéndelo.

—Lo entiendo, sí. Lo entiendo muy bien. Pero vi a Eva... Vi a la chica de traje plateado caer bajo el peso de su..., de su gente.

—Oh, ella... —la voz sonó extrañamente sarcástica, allá en el fondo de repulsivo ser—. Sí, es algo extraño. No pudo mutarse de nuevo y volver a ser lo que era.

Me estremecí. Le miré, horrorizado.

—¿Quiere decir..., quiere decir que ella... sigue siendo ella, una..., una mujer?

—No ha dejado de serlo, es cierto.

—¿Y qué ha sido de ella? —sentí que un sudor helado empapaba mi frente, mis manos crispadas, pese al frío que emanaba de aquellos seres.

—Espera.

—¿Qué es lo que espera?

—Morir, naturalmente. Como tú. Ya es una humana.

—Una humana... —sacudí la cabeza—. No, imposible. Ella es... energía, fuerza, poder mental. No pertenece a nuestro mundo material. Es..., es otra cosa. Una «cosa», no un ser humano, no «una mujer»...

—Algo falló. No ha sabido alterar la mutación. La hemos examinado a fondo. Es una mujer. Como tú eres un hombre. Primero pensamos que era una compañera tuya. Luego, descubrimos su auténtica estructura original. Pero ya no volverá a ella. Jamás.

—No puedo creerlo.

—Es igual que lo creas o no. Va a morir.

—¿Cuándo?

—Después. Cualquier día. Tú debes morir antes.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no los dos juntos?

—No sois iguales. Ella ha elegido su envoltura actual. Tú, no. Ella no piensa aún como un ser de tu mundo. No es un peligro para nosotros. Ninguno de ellos, pese a su poder mental, constituye peligro alguno para nuestro pueblo.

—Y..., ¿y yo sí? —dudé.

—Tú sí —afirmó seco, rotundo—. Eres el gran peligro. La muerte de todos nosotros, si te dejamos con vida.

—¿Por qué?

—Si lo supieras, nuestras existencia terminaría aquí mismo —rió la extraña, profunda voz—. Afortunadamente, posees el poder necesario para aniquilarnos... y lo ignoras tú mismo. Eso es lo importante. Es lo que cuenta...

—Oh, Dios, si yo pudiera descubrirlo... —apreté los labios, cerré los ojos, me concentré estérilmente, sin que se me ocurriera nada.

—No tienes tiempo ya —se agitó su masa fofa, cuando abrí de nuevo los ojos. Emitió un largo sonido chirriante, como un jadeo.

La masa de formas blandas y palpitantes se puso en movimiento. La vi avanzar hacia mí como una marea, a mis espaldas. Se me venía encima. Yo me moví. No podía hacer otra cosa, o aquella ola lenta, pesada y viscosa, me envolvería, haciéndome morir de asco; Caminé hacia el fondo, hacia aquella enorme piedra plana, como un altar, situada ante la boca de fuego del desconocido Averno.

Detrás mío, como implacable guardia, como escolta dantesca, la masa gelatinosa, fofa y deforme, como goterones de cera viva. Y aquellas manchas luminosas que eran sus ojos o antenas sensibles, palpitaban, en un parpadeo luminiscente, ominoso. Pendientes de mí, de mis pasos, de mi fracaso definitivo, ante la muerte insospechada.

—Avanza, extranjero —ordenó la voz profunda, susurrante—. ¡Avanza hacia tu destino final! El pueblo de este mundo vivirá ya en paz por siempre, puesto que eres el único capaz de vencernos. Y los mutantes y otros pueblos del Universo serán nuestras fáciles víctimas. ¡Seremos los más poderosos y fuertes de la galaxia!

No repliqué. Parecía que tenían toda la razón en eso. Recordé que varias veces me había sentido ya en los umbrales mismos de la muerte. Bien; quizá esta vez también fuese igual. No perdía mis esperanzas. Ni siquiera en esta crítica situación.

Tal vez hubiera aún un resquicio, una posible evasión...

Aunque si la había, ciertamente, yo no la sospechaba siquiera. Era solamente mi fe la que se mantenía incólume.

Seguí avanzando. Llegué ante la gran piedra llana. Subí a ella, empujado siempre por el sordo, inexorable impulso de los gelatinosos. Cerca de mí, su único portavoz. La criatura que hablaba, que pensaba, que se expresaba de alguna forma, en el helado silencio de la horrible masa.

—Me gustaría saber qué me espera ahí —dije, sereno.

Estaba erguido en medio de la piedra. La sentía, caliente y tersa bajo mis pies, como una losa de lava a punto de derretirse. Los monstruos no subían a ella. Se limitaban a esperar en torno, como la marabunta en la jungla, cuando aguarda a que se extinga el fuego, para seguir su marcha devastadora.

—Ya te lo dije —sonó la voz—. La muerte, extraño.

—Sí, pero..., ¿qué muerte?

—La destinada a los enemigos de nuestro pueblo: el calor, el fuego. Y si resistes eso, los seres de las profundidades...

—¿Seres de las profundidades? ¿Quiénes?

—Lo sabrás, si resistes la prueba del fuego. Si no... no valdrá la

pena hablar de ello siquiera. Nunca llegarás a verlos, extraño.

Miré, pensativo, a la boca de la caverna llameante. Su aspecto era estremecedor, su luminiscencia roja, digna del infierno mismo. No era fácil salvar esa prueba. La «cosa» tenía razón. ¿Qué importaban ya los seres de las profundidades? No llegaría con vida a ellos...

—¿Este es el planeta de los mutantes? —me interesé, dando otro paso hacia la boca flamígera.

—No —negó la voz del ser de gelatina viva—. Es nuestro planeta. El de ellos está ya desolado, vencido. Son nuestros prisioneros. Los convertiremos en un poder mental unificado y controlado... para nosotros. Puede hacernos los amos del cosmos.

—Dios no lo quiera —suspiré, estremecido.

—Lo querrá, extraño. Después de todo, perteneces a un mundo extinguido ya. Otros se extinguirán, para darnos alimento y vida a nosotros. Este es el Asteroide Negro. Nuestro hogar, frío y silencioso. Antes nos despreciaban. Nos consideraban los desheredados del Universo. Y no ha sido así. ¡Somos los más fuertes!

—Empiezo a creerlo así —murmuré, desalentado—. Cielos, espero que nunca salgáis de este sucio rincón del Universo...

—No está en tu mano evitarlo, extraño. Ahora, ve a tu destino. ¡Ve ya de una vez!

Y empezó a despedir chispazos azulados, descargas eléctricas que me sacudieron violentamente, como latigazos. Agitado por esos mazazos hormigueantes, dolorosos, aturdido, sintiendo un terrible, profundo dolor en mi cráneo y cuerpo, caí de rodillas, caminé de ese modo, desollando mi piel sin importarme demasiado, ante el dolor tremendo de las descargas eléctricas que ellos sabían dirigir contra sus enemigos.

Para huir a ese dolor, eché a correr. Y me lancé al único lugar adonde podía ir, lejos de las descargas dolorosas de los gelatinosos.

A la boca llameante de la caverna.

A mi destino. A una muerte cierta...

*

No estaba sorprendido.

No, en absoluto. Empezaba a ser ya casi rutinario. Como una norma invariable. No tenía explicación, pero era así.

Yo no podía morir. No había muerto aún. Ni siquiera ahora, rodeado de llamas, en un infierno flamígero...

No estaba muerto. Esto no era la muerte, como tampoco lo había sido antes. Una vez más, Duke Bowman, comandante de astronautas de la NASA dos mil años atrás, en un planeta extinguido, llamado Tierra, había salido con bien de la muerte.

Yo, Duke Bowman, había salvado la prueba del fuego. Tal y como presentí allá afuera, bajo el cielo siniestro del Asteroide Negro.

Miré a mi alrededor, indeciso. Tenía una explicación, en realidad. No se trataba de un milagro, ni de un prodigio. No, nada de eso. Era algo simple. Algo razonable.

El fuego no lo invadía todo. Ni mucho menos. Brotaba de bocas como cráteres, abiertas por doquier. Pero entre unos y otros se extendían sendas elevadas, de roca viva, como puentes fantásticos de un paisaje delirante, rojo violento, cegador.

Penetrar por aquellos puentes de roca, manteniendo el equilibrio, no era fácil. Soportar el intenso calor, el deslumbramiento del fuego, tampoco. Pero si se lograba todo eso, luego los pasos se ensanchaban, y los cráteres disminuían en número y virulencia.

Al final, un enorme círculo de fuego, de muchas yardas de diámetro, era como una gran parrilla, pero en la que el suelo no se calentaba, a causa de un torrente de agua que brotaba entre las rocas, en ebullición al principio, y frío luego, formando un gran charco en su centro.

Chapoteé en ese agua negra, casi fría. Debía de brotar helada, para no calentarse bajo aquella temperatura, pensé. Miré. Sobre el torrente, otro elevado puente rocoso parecía introducirse en alguna parte, oscura e impenetrable: las profundidades...

Me decidí. Cualquier cosa era mejor que achicharrarse allí, bajo el implacable azote de las llamas próximas, del tremendo calor de la zona subterránea. Empecé a subir per aquel largo puente. Miré mis manos.

Las ligaduras pegajosas se derretían. Convertidas en algo blando, casi líquido, caían en goterones a tierra. Me sentía libre, por fin. Recordé el frío glacial de los gelatinosos de afuera. El calor debía de ser el enemigo peor. De ahí el miedo que sentían por él. Y su respeto, expresado con sacrificios como el suyo.

Quizá allí dentro se derritieran ellos sin remedio. Pero no yo. Caminé sobre la resbaladiza roca del paso elevado, que colgaba sobre las llamas. El sudor caía copioso de mi rostro, de mi cuerpo todo, empapado por la elevadísima temperatura ambiente. Hubiera terminado muerto por asfixia o deshidratación de no haber alcanzado el torrente, que despedía un vaho gélido, y penetrado en la amplia, oscura caverna que, junto a él, conducía sin duda a alguna parte. A algún lugar perdido en las profundidades de aquel mundo abominable.

Ellos habían dicho que si no me aniquilaba el fuego, lo harían los seres de las profundidades. Bien. Veríamos si eran capaces de ello, fuesen quienes fueren las criaturas de aquel desconocido subsuelo.

Me sentí sereno, fuerte, dueño de mí mismo; Muy seguro de que,

quizá, Eva y los mutantes tuvieran razón. Tal vez en mis actos estaba la destrucción de los monstruos de materia amorfa. Tal vez, también, la salvación de los mutantes, aquellos maravillosos seres pacíficos, de pura energía mental, capaces de comunicarse cerebralmente por medio de ondas musicales…

Tal vez. Pero no estaba seguro, ni mucho menos. Ni siquiera sabía lo que iba a encontrar allí dentro, en mi viaje al interior del Asteroide Negro.

Pero eso no duró mucho. Pronto lo supe. Justamente cuando los tuve ante mí…

Entonces conocí a las criaturas de las profundidades.

CAPITULO II

Eran ciegos. Seres ciegos, sin ojos. Con forma de reptiles, pero provistos de extremidades. Parecidos a lagartos. Unas antenas sensitivas, vibrátiles, acusaban la presencia de cualquier cosa anormal en su mundo sombrío y lóbrego.

Tenían un matiz lívido, gris-desvaído. Su piel palpitante recordaba la de los gusanos. Eran feos, desagradables. Pero no sentí miedo de ellos. Acaso porque arriba dejaba cosas peores. Gentes como los monstruos de gelatina viscosa y helada...

El contacto entre aquellos reptiles o lo que pudieran ser, y mi propio intelecto, se estableció en el acto. Sentí su reacción de extrañeza, tras acercarse a mí.

Había al menos medio centenar de ellos. Ninguno mayor que un lagarto normal, allá en mi pobre mundo perdido...

Varios de ellos me atacaron. Abrieron sus bocas den-todas, feroces. Creí que iban a hacer presa en mi cuerpo, en mis brazos.

No sucedió nada de eso. En vez de ello, retrocedieron. Como si hubieran chocado con algo invisible, un muro interpuesto entre ellos y yo. Un muro repelente, como una pared magnética o cosa parecida, ya que nada visible apreciaba yo que me defendiera de su acoso malévolo.

Hubo una pausa. Les miré. Con mis manos desnudas, engarfiadas, prestas a luchar, a defender mi existencia. Dispuestas, cuando menos, a morir matando, que era mi única salida posible en aquel mundo hostil y siniestro.

Saltaron en el aire. Rocé con mis dedos su vientre adiposo y blando, que palpitaba agitadamente. Recularon, como si les hubiera quemado mi solo contacto. El silencio, después, llegó profundo.

—Y bien —dije abruptamente, con voz ronca, que retumbó de modo extraño bajo las bóvedas subterráneas—. Y ahora, ¿qué? Vamos, atacad. No os temo...

No esperaba que me entendieran. No era posible, entre simples animales de las entrañas del1 Asteroide Negro, y un ser humano, llegado de un lejanísimo planeta, perdido para siempre en el Espacio y el Tiempo...

Pero ocurrió. Me entendieron. Y yo a ellos.

*

—¿Quién eres, extraño? ¿De dónde has llegado?

Me maravillé. Era mi propio idioma. Mi lengua, clara y precisa.

Pero el sonido no llegaba de parte alguna. Flotaba dentro de mí, en mi mente. Como la música vibrátil y expresiva de los mutantes.

Entendí. Telépatas también. Se expresaban en la lengua de cualquier interlocutor, porque captaban mis propias ideas y términos. Se amoldaban a la mente ajena, en suma. Y trasmitían pensamientos que eran palabras, frases, ideas…

Aquella pregunta había llegado de ellos. De un puñado de simples reptiles, feos y ciegos, que se agrupaban asustados, medrosos, ante mí.

—Llegué de un lejanísimo planeta azul —dije escueto—. Soy amigo de los mutantes, y enemigo de los monstruos fofos de allá arriba. Soy quien los mutantes creen que puedo acabar con esos seres malditos que todo lo destruyen. He pasado la prueba del fuego, y estoy aquí. Si queréis matarme, lucharé. Posiblemente caiga, pero lucharé hasta morir.

Hubo otro silencio. Los reptiles se agitaron. Uno se movió hacia mí. Se detuvo a poca distancia. Sentí vibrar sus antenas, y el «sonido» de la voz de sus pensamientos hirió mi cerebro vivamente, con diáfana claridad.

—No puedes morir aquí —dijo—. El amigo de los mutantes es nuestro amigo. Nosotros, el Pueblo Interior, te ayudaremos a luchar contra los gelatinosos y vencerles. Estás entre amigos, aunque nuestro físico y nuestros medios de expresión y vida sean tan diferentes… No somos bestias, sino seres con inteligencia. El frío que despiden esos monstruos es lo que nos tiene recluidos aquí. Moriríamos congelados por su contacto o proximidad. Pero tú, sin embargo, despides electricidad, un raro magnetismo…

—Magnetismo… Es posible. Cada ser estamos hechos de misteriosos poderes que ni nosotros mismos conocemos o dominamos lo suficiente… De modo que vosotros necesitáis el calor para sobrevivir…

—Sí. Nos es imprescindible.

—¿Y los monstruos helados? ¿Qué ocurriría con todos ellos… si sufrieran el calor? Un calor intenso, de fuego, .de llamas…

—No sé. Posiblemente perecerían. Pero, ¿quién va a dirigir contra ellos ese posible fuego destructor?

—Yo —dije rotundamente—. Yo lo haré. Con vuestra ayuda…

*

Largos corredores entre laberintos de irisadas estalactitas; dédalos de túneles húmedos, de torrentes de agua cálida, a causa de las emanaciones de vapor sulfuroso, o de cráteres sin extinguir todavía en su fuego interno…

Un mundo atormentado y caliente, bajo el suelo negro del Asteroide de los monstruos. Y allí, aquellos reptiles pensantes, conduciéndome a mí hacia el corazón mismo de su oscuro reino ciego, lejos de la superficie, lejos del enemigo secular, glacial y nauseabundo.

Hasta que una enorme estancia rocosa, de altísimo techo de bóveda, de donde pendían las colgaduras calcáreas, bellísimas, que ellos, los reptiles, nunca podrían ver desde su oscuridad eterna, sin ojos para descubrir formas ni luz. Solamente con sus antenas, como las hormigas de la Tierra...

Contemplé admirado aquel lugar bellísimo y remoto. El agua que corría allí era clara, cristalina. Como en mi propio planeta... Y junto a esa agua, plantas subterráneas de un colorido increíblemente hermoso, de tonos de coral y ámbar, dejaban colgar frutos maduros, rojos, jugosos, cuyo aspecto invitaba a saborearlos.

Me bastó un pensamiento. Ellos, los reptiles inteligentes, lo captaron.

—Sí —dijo el que les capitaneaba—. Puedes comer, extraño. Son ricos frutos que no te causarán daño. Aliméntate. Debes venir exhausto...

—Agotado por completo —susurré—. Gracias, amigos...

Los reptiles parecieron también agradecidos por mi actitud. Me rodearon, contemplativos, pese a no poder «contemplar» nada en su auténtico sentido, mientras yo arrancaba frutos jugosos, y los mordía, casi rabiosamente, saciando mi apetito casi feroz, en aquel extraño mundo interior, donde la única luz llegaba justamente de las estalactitas y estalagmitas de bellísima e iridiscente claridad, filtrada de alguna parte...

Cuando me sentí repleto, bebí agua y mi sensación de alivio fue inmensa. Me tendí junto al agua cristalina. Murmuré, despacio:

—Los monstruos tienen presos a los mutantes en alguna parte. ¿Sabéis dónde? ¿En el planeta donde ellos vivían, o en este maldito asteroide?

—En este asteroide, estamos seguros —fue la respuesta telepática —. Debieron dejar vacío, como muerto, el mundo de nuestros amigos, los inteligente mutantes...

—Uno de ellos se hizo humano. Mujer, concretamente. La vi caer bajo los monstruos. No sé nada de ella. Sólo que será enviada también a la muerte.

—Morirá, tal vez. No tendrá tu habilidad para salvar los pasillos ante el fuego. ¿No ha vuelto a su estado original, dejando de ser humana?

—No, no ha vuelto. Se quedó así. No sé por qué...

—Tampoco nosotros. Eso nunca sucedió antes. Pero ello no

importa. Lo que cuenta es intentar salvar a ese mutante. Hablaste del fuego como arma contra los monstruos de la superficie del asteroide...

—Sí, hablé del fuego. Ellos son fríos, como gélida es la superficie de este asteroide. Un arma letal puede ser el fuego. Debemos intentarlo, cuando menos. Pero fuego concentrado, a chorros. Fuego capaz de aniquilarles a todos ellos a la vez...

—La idea puede ser buena, pero el medio... ¿cuál puede ser?

—No lo sé. Debo pensar... —fruncí el ceño—. Tal vez se me ocurra algo, lo antes posible.

—No te demores. Mañana puede morir ese mutante que se hizo mujer... Pareces muy interesado en sal-' varia...

—Me ayudó a mí en todo. Es justo que le devuelva

el favor.

—Ya —el reptil pensante no añadió nada. No dijo más, y me sentí incómodo. Al final, le oí en mi mente, cambiando el tema de charla telepática entre ambos—: Ahora, debes reposar. Duerme, extraño. Te velaremos. Nadie podrá dañarte aquí. Trataremos de saber dónde están los mutantes, cautivos de sus enemigos.

Asentí. Bostecé. Estaba agotado físicamente. Me dejé caer cerca del curso del agua cristalina. Y poco después, estaba profundamente dormido.

Cuando desperté, solamente unos pocos reptiles del subsuelo estaban en torno mío, al parecer descansando también, en perezosa, lánguida posición.

Y lo primero que dije en voz alta al despertar, fue una sorpresa para ellos, sin duda alguna.

—Ya lo tengo —dije—. Ya sé cómo aniquilar a los monstruos de la superficie...

Las antenas de los seres subterráneos vibraron, excitadas.

*

—¿Es cierto eso, extraño?

—Sí. Muy cierto. He dado con el método de concentrar contra ellos el fuego.

—¿De veras?

—Sí. Es sólo una idea. Espero que resulte... ¿Y los mutantes? ¿Sabéis algo de su paradero?

—Lo sabemos. De ellos y de la mujer. La mutante no ha vuelto a su estado anterior y sigue siendo humana en su aspecto.

—Entiendo —respiré hondo—. ¿Qué más? ¿Dónde están?

—Cautivos. Esperando la muerte.

—¡La muerte! —me estremecí, pestañeando—. Creí que los que eran pura energía, poder mental, luz sin forma... no podían morir

como los demás.

—Todo puede nacer y morir en la Creación —sentenció el reptil telépata—. También ellos, extraño. Sólo que los métodos son diferentes. Y los monstruos de arriba lo saben.

Incliné la cabeza. Mi pregunta fue ronca, grave:

—¿Cuál es la forma de muerte para ellos, según eso?

Me respondió:

—Para la mujer mutante, una muerte normal. Para los demás... Ia Luz Fría.

—¿La... qué?

—Luz Fría. El Rayo Aniquilador lo llamamos nosotros.

—¿Qué es, exactamente?

—Anti-Energía. Anti-Fluido Metal, todo Unido en un rayo de luz helada, capaz de convertir a un mutante en un simple estallido de chispas que se diluyen, no volviendo jamás a integrarse de nuevo.

—Entiendo —apreté los labios—. Es horrible...

—Todo lo de ellos es horrible. Son unos seres odiosos, nauseabundos, perversos...

—Al principio da la impresión de que no tienen cerebro para tanto. Luego, uno se sorprende ante su modo de obrar. Parecen una vulgar masa, una serie de entes inferiores, como auténticos parásitos —comenté, pensativo—. No, hay algo que no logro entender del todo en esa gente...

—Nunca lo entendimos nosotros tampoco. Somos anárquicos, diferentes. Ellos, no. Actúan siempre al unísono. Como si fuesen uno solo y no una horda de millones...

—Uno solo... —fruncí el ceño. Recordé algo—. Uno solo de ellos me habló... De uno solo he obtenido ideas, respuestas... Alguien que parecía ser su jefe...

—Es Ulk. El Primero, traducido a tu lengua.

—El Primero... y quizá el Único.

—¿Cómo dices? —se sorprendió el reptil pensante.

—No, nada —rechacé, ceñudo, con un estremecimiento al pensar si mi idea pudiera ser cierta—. Escuchad. Vemos a arriesgar algo. Quizá mucho. Pero de un ataque masivo contra esos seres, con problemáticas posibilidades de un triunfo efectivo, he pasado a otra idea muy diferente...

—¿Qué idea?

—Un ataque directo. Un ataque contra alguien llamado Ulk el Primero...

—¿Eso sería suficiente?

—No lo sé. Voy a ponerlo a prueba. Es un experimento peligroso. Para mí... y para vosotros, que habréis de ayudarme. ¿Estáis dispuestos?

—Nuestra vida, dominados por ellos, no puede ser peor. Terminaremos muriendo de inanición en el subsuelo. Dispón de nosotros, extraño. Correremos el riesgo que sea.

—Bien —respiré con alivio—. Entonces, escuchad…

Y me escucharon. Y les sentí afirmar mentalmente. Por el momento, eso era todo. El resto era el peligro… El gran peligro para todos nosotros. Quizá para toda forma de vida en aquellos mundos remotos donde me encontraba.

Pero era preciso correr ese riesgo. Porque había llegado el momento, para los reptiles, para los mutantes y también para mí, de matar o morir.

CAPITULO III

Matar o morir.

Ahora era el instante supremo. Ahora o nunca.

Me moví cauteloso, sobre el fuego de los cráteres y surtidores de agua hirviente, caminando pausado, por encima de largas pasarelas de piedra viva, natural, irregular y resbaladiza. Detrás mío, reptando, en movimiento sigiloso, alerta, iban los demás. Mis improvisados aliados de las entrañas del Asteroide Negro: los reptiles telépatas, desprovistos del órgano visual.

Llevaba conmigo mi única arma. Parecía pequeña. Insignificante, incluso. Era un simple óvalo gris. Un huevo metálico, cuidadosamente fundido y moldeado con el fuego interior.

Dentro, mi obra. Mi producto mágico. El que podía abrirme las puertas de la vida y de la victoria. O de las sombras eternas de la muerte, en un rincón inaccesible para siempre al hombre, en galaxias insospechadas de otros confines universales.

Los reptiles no estaban demasiado convencidos. No eran tontos, ciertamente, pero tampoco excesivamente inteligentes. Eran tan sólo unos seres pensantes, mediocres y asustadizos, sin mucha fe en nada ni en nadie. Al menos, había que admitirles una gran virtud: su espíritu de cooperación, su afán de serme útiles en lo que fuese. Y su valor para afrontar la prueba final, en la que, además, no confiaban apenas.

Salí a la parte más peligrosa de las cavernas llameantes. El fuego bullía bajo mis pies, lamía incluso la piedra enrojecida que yo pisaba, gracias a mi calzado antitérmico, recuerdo de la perdida civilización remota del planeta Tierra, allá veinte siglos atrás. En un pasado donde se quedó, para siempre, mi esposa Stella con los niños...

Avancé precavido. Tropecé de repente. Mis pies vacilaron...

Iba a caer. Vi el abismo llameante, la rugiente sima escarlata, de donde subían las altas lenguas de fuego, como reptiles voraces en busca mía. Otros reptiles, éstos corpóreos, tangibles, trataron de ayudarme. Y lo lograron.

Pero a costa de ello, dos cuerpos escamosos se perdieron en el abismo, calcinándose en instantes. Dos infortunados seres del subsuelo habían dado su vida por impedir que yo cayese. Unas bocas abiertas, unas fauces férreas, sujetaban mis piernas, mordiéndolas incluso. No pretendían sino impedir que yo fuese abajo, con sus hermanos. Y lo lograron.

—Gracias -—susurré, sudoroso, apretando contra mí el óvalo gris metálico—. Gracias, mis amigos... Lamento que dos de vosotros

hayan…

—Olvídalo —dijo uno de ellos, mentalmente—. Es el sacrificio por quien puede devolvernos la libertad y la fe. Quizá habrá valido la pena morir por ello.

Me sentí profundamente emocionado. Incluso entre unos desdichados seres subterráneos, unos reptiles de otro planeta, podía encontrarse algo parecido al calor humano, la generosidad y el espíritu de sacrificio. Sí, era hermoso.

Por ellos valía la pena intentarlo todo. Recuperado mi equilibrio, me sentí más fuerte y decidido que nunca.

—Vamos —dije, resuelto—. Hay que luchar. Y vencer.

—O morir…

—O morir. Pero estoy seguro de que otro será nuestro destino. ¡Venceremos!

Y al caminar, enérgico, decidido, los reptiles me siguieron, dóciles, animosos incluso. Creo que había logrado imbuirles de mi propia esperanza, de mi fe inquebrantable en el éxito final.

*

El éxito final… Podía ser ahora. 0 no sería nunca.

Los monstruos viscosos se agitaron, sorprendidos acaso por nuestra osadía. Se hacinaron, repulsivos, frente a la ancha roca lisa de sacrificios, frente a la llameante boca del subsuelo del asteroide. Nos contemplaron con su ojo manchado, luminiscente.

Sentí un fuerte impacto de un poder mental. Y de una voz enérgica. La voz de Ulk el Primero…

—¿Vuelves de las profundidades, extraño? ¿Y con los reptiles ciegos de los abismos sin luz? ¿Estáis locos todos? Nuestro frío matará a esos desgraciados. Nuestro poder, te aniquilará a ti inmediatamente. Y a tu amiga Eva, y a los demás mutantes amigos… ¡Regresa al mundo del fuego y de las sombras, extraño, antes de que sea demasiado tarde!

—No —negué—. Ha llegado la hora de ser yo quien dé las órdenes, Ulk.

—Vaya… Progresaste mucho en ese lugar. Incluso sabes que soy el Primero.

—El Primero… —sonreí—. ¡Y el Único!

Avancé hacia él. Vi recular la masa amorfa y repulsiva de Ulk, aterrorizado Sin duda. Su grito ronco, profundo, hirió mi cerebro:

—¡Noooo!…

Luego, tiré el óvalo de metal. Lo estrellé a sus pies. Reventó en mil pedazos, y se liberó el fuego concentrado a enorme presión.

Ulk fue pasto de aquella ígnea bola cegadora. Ardió todo él.

Y ocurrió algo increíble. Increíble, sobre todo, para los aturdidos testigos de la escena, los reptiles mutantes.

Ocurrió que todos, absolutamente todos los monstruos gelatinosos se arrugaron, se quedaron inmóviles, y de ellos subió un hedor insoportable, al tiempo que dejaban de emanar frío por sus cuerpos nauseabundos, convertidos en auténticas masas plegadas, arrugadas, encogidas como pieles vacías...

—¿Qué ha sucedido? —musitó el principal reptil telépata.

Yo le respondí, sereno, contemplando aquel destrozo, aquella súbita calma, la quietud mortal del exterior, sin un solo monstruo con vida ni movimiento:

—Muy sencillo: su propia uniformidad me hizo sospechar. Actuaban al unísono, siempre iguales. No porque ellos fuesen así, sino porque solamente uno poseía cerebro y controlaba a los demás. En realidad, la masa de monstruos estaba formada por un pensante poderoso, astuto y cruel... y millones de reproducciones que sólo actuaban dirigidas por su onda mental. Un supercerebro de forma extraña, dirigiendo a millones de masas sin cerebro... Algo que siempre ha sucedido, desde que los mundos son mundos, en la Tierra o en cualquier otro planeta, por lejano que sea...

En la distancia hubo un fulgor radiante. Una claridad celeste iluminó sobre sus cabezas el firmamento antes nuboso y sombrío.

Centenares de halos luminiscentes empezaban a llegar de todas partes, flotando ingrávidamente en el oscuro celaje. Los mutantes, libres ya de su esclavitud, regresaban a él. El poder siniestro de Ulk, amo y señor de los monstruos gelatinosos, había terminado de modo definitivo.

—Ya vuelven... —susurré, impresionado ante la presencia de tantos seres hechos de pura energía, de fluido ignorado y prodigioso, todo inteligencia y sabiduría—. Ya vuelven todos,.. ¿Dónde estará ella, Eva? Quizá sea de nuevo una simple luz, flotando en el aire... como lo fue siempre.

—No —dijo una voz a mi espalda—. Estoy aquí, Bowman,

Me volví lentamente. Sí, era ella, Eva, la dama de plata. Venía hacia mí...

*

—Eva...

—Hola, Bowman...

Nos miramos. Larga y profundamente.

Era extraño. Pero cada vez tenía menos de mutante. Como si algo en ella fuese ya más humano. Captó mis pensamientos. No podía ser de otro modo.

—Sí, Bowman. No sé lo que ha sucedido —me confesó—. Pero mi naturaleza ha sufrido una brusca transformación. Ya no soy una… una mutante. No puedo, ¿entiendes? No puedo cambiar mi estructura…

—¡Dios! —murmuré—. Entonces… entonces eres… mujer. Un ser humano, como cualquier otro…

—Eso parece, sí. Un ser humano como tú… —sonrió—. Aunque quizá algo más imperfecto… Aún no estoy del todo habituada a serlo.

—Lo estarás con el tiempo. Hemos vencido, Eva. Hemos vencido…

—Lo sabía. Estaba segura de ello. Vencerías, porque así tenía que ser.

—Y ahora…

—Ahora, ¿qué, Bowman?

—No sé… Supongo que deberé quedarme en tu mundo, vivir en él para siempre… No hay posible regreso a mi tiempo, a mi gente…

—¿De veras desearías eso, Bowman? —hubo tristeza en su voz.

—Sí, Eva. Siento algo por ti, pero… tuve esposa e hijos. No es fácil olvidar eso…

Dos halos luminosos llegaron a nosotros. Tomaron forma humana. Eran los dos compañeros de Eva. Me sonrió el venerable anciano, y el joven de rapado cráneo.

—Gracias, Bowman —dijo el primero—. Todo se cumplió. Nos ayudaste…

—Ahora, es él quien necesita ayuda —dijo Eva—. Quiere volver…

—¿Volver? ¿Con sus compañeros, con la Tierra y su gente, hace dos mil años?

—Si fuese posible…, sí.

—Es posible. Puede volver, Bowman. Pero usted sabe lo que sucederá. Sabe que el mundo se extinguirá… Y morirá con su esposa e hijos, tal y como vivió a gran distancia…

—Aun así, amigos. Quiero ir. Con todo lo que ello implique.

Se miraron. Eva tenía humedad en los ojos. Y dolor en su expresión.

—Está bien —dijo el consejero de los mutantes—. Concedido. Utilizaremos todos nuestros recursos mentales. Trasladaremos su materia a ese tiempo y espacio… Lo merece por su acción en favor nuestro, y no podemos negamos.

—Volverá a encontrarse con sus compañeros, a bordo de la cápsula Victory III. Pero quizá algo falle.., y no llegue a su destino —habló el otro.

—¿Puede fallar? —vacilé.

—Puede fallar, sí.

—¿Y entonces…?

—Entonces podría elegir entre ir a otro lugar y otro tiempo… o volver aquí. Para eso siempre estará a tiempo, Bowman. Tendremos

en contacto nuestras mentes. Y sabremos su decisión final.

Miré a Eva. Sonreí, con una duda interna. Oprimí su mano, cálida y suave ahora.

—¿Quién sabe, Eva? Tal vez no pueda ser… y regrese —dije.

—Sí. Tal vez… —musitó ella.

Y no dijimos más ninguno de los dos.

*

Y regresé. -

Regresé a la Victory III. A la Tierra. A mi época.

Regresé en ese momento. Los mutantes me lo concedieron.

Pero al iniciar ese regreso, con la imagen de Eva en mi mente, me pregunté:

—¿Cuál va a ser el final de este salto en el Espacio y el Tiempo? ¿El retorno a la Tierra, con su final caótico… o el regreso final con los mutantes y su vida fantástica e increíble?

Sí. ¿Cuál sería el fin?

Yo no lo sabía. No podía saberlo.

Ese era el futuro. Mi futuro.

Pero había que intentarlo todo, Y esperar el verdadero desenlace.

Esperar…

*

Supe la respuesta cuando me vi en mi mundo de nuevo. Junto a Stella y los niños. Cuando, solo en el hogar con mis seres queridos de mi Tiempo y mi Espacio, me dispuse a vivir junto a ellos.

Y a morir también algún día…

El día del Juicio Final para todos nosotros. Para nuestro planeta.

A pesar de ello, no hay planeta como mi planeta.

Ni quizá llegue a haberlo nunca.

FIN